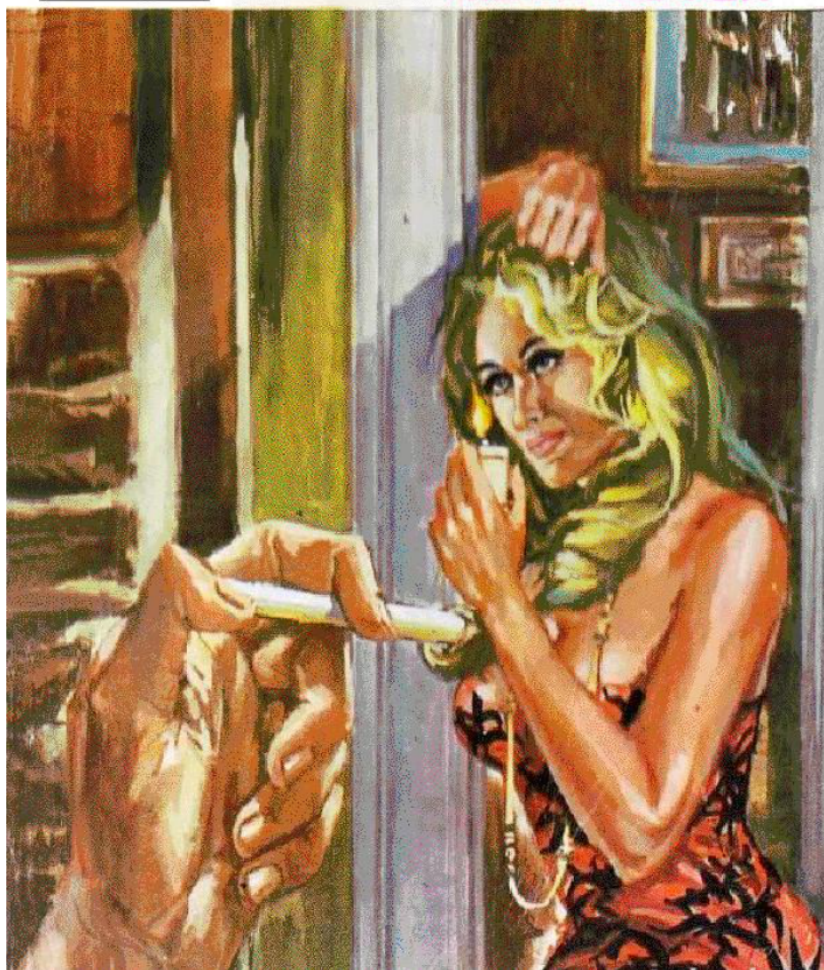


BOXILIBROS BRUGUERA
PUNTO
ROJO

¿tiene vd. fuego, mademoiselle?

KEITH LUGER



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



eb

KEITH LUGER

**¿TIENE VD. FUEGO,
MADEMOISELLE?**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 710
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MEXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 39.062 - 1975

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición en esta colección: diciembre, 1975

© Keith Luger - 1965

texto

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1975

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.283 — La historia de Bill el Melenas.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.310 — Un extraño perfume a cadáver.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

967 — El Oeste en llamas.

En Colección SALVAJE TEXAS:

729 — La venganza.

En Colección KANSAS:

667 — Mala hierba nunca muere.

En Colección BRAVO OESTE:

581 — Tres hombres van a morir.

En Colección PUNTO ROJO:

706 — Mañana se acaba el mundo.

En Colección CALIFORNIA:

752 — La historia de Buby el Llorón.

En Colección ASES DEL OESTE:

864 — Masacre en río Grande.

En Colección COLORADO:

610 — ¡Lucha por tu vida, gringo!

En Colección HEROES DE LA PRADERA:

308 — Una pelirroja y cien mil dólares.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

82 — La chica del rifle de oro.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

5 — Asesino Murray.

CAPÍTULO PRIMERO

—Tú me engañas, Clifton —dijo Eleanor Murray, una actriz rabia, de cuerpo sinuoso y cara atractiva, que estaba obteniendo un gran éxito en Broadway con la revista musical: No lo dejes para mañana, Peter.

Clifton Reagan, alto, bien parecido, guionista de éxito en la televisión, enarcó una ceja, la derecha, que era el gesto que más le favorecía.

Estaba cómodamente sentado en un diván, y miró a la rubita que se hallaba en el centro de la estancia, apuntándolo con el brazo extendido.

—¿Engañarte yo, querida...? No sabes lo que dices.

—Conque no, ¿eh...? Aquí tengo la prueba.

Eleanor mostró la mano que escondía a la espalda. Con sus dedos largos, de uñas rojas, sostenía una tarjeta.

—¿Qué es eso? —dijo Clifton.

—Te lo he dicho. La prueba de tu traición... Hay varios nombres de mujeres, y estoy segura de que una de ellas está ocupando mi lugar, si no son las tres al mismo tiempo.

—Querida, debo recordarte que hasta los sultanes están liquidando sus harenes... Resultan demasiado costosos.

—Deja tus chistes ahora. No estás escribiendo para tus admiradoras. Además, aquí lo dice bien claro. Josefina, María Teresa... y también hay una de apellido difícil. Debe ser rusa, o algo así... María Walewska.

Clifton se echó a reír.

—¡Anda, ríete! —exclamó Eleanor—. ¡Es lo único que te queda...! Eres un cínico... Te entregué mi corazón.

—Querida, estás recitando la letra de la segunda canción, escena cuarta, acto tercero, de tu gran éxito.

—¡Eres un miserable! ¡Y eso no forma parte de la letra de una

canción!

—Me temo que habrá alguna. Hoy en día se dicen cantando las cosas más insospechadas.

—¡No te cubras con una cortina de humo...! ¡Estábamos hablando de tu traición con estas mujeres!

—Eleanor, quiero hacerte una confesión.

La rubita agrandó los ojos.

—De modo que, ¿lo vas a admitir...? ¡Eres un canalla! ¡Tenías que haberlo negado, aunque sea verdad! ¡En diez minutos te hubiese creído!

—Eres muy amable al decirme eso, Eleanor, pero yo prefiero una verdad a diez mentiras. No tengo nada que ver con esas mujeres.

—¡Una mentira! —exclamó la joven, y sus labios sonrieron—. Gracias.

Clifton dio un suspiro. Había estudiado a las mujeres desde los siete años, y ahora, a los treinta y tres, debía reconocer que ignoraba gran parte de la disciplina.

—Cariño, voy a dedicarme a esas tres mujeres —dijo.

La sonrisa desapareció súbitamente del rostro de Eleanor.

—¿Qué...?

—Las tres van a ocupar totalmente mis próximas dos semanas.

—¡Monstruo...!

—Cálmate, Eleanor.

—¿Calmarme...? ¡Lo que voy a hacer es romperte la cabeza! — La joven corrió hacia la mesa donde descansaba un enorme jarrón con flores.

Clifton saltó, como impulsado por resortes.

Eleanor ya había tomado el jarrón, y la cogió por los brazos.

—Espera, Eleanor... No me dejaste terminar.

—Claro que no. ¡Ahora te enviaré al hospital!

—Fueron los amores de Napoleón, y me estoy refiriendo al emperador de los franceses... Recuérdalo, lo has debido ver en alguna película... Josefina, María Teresa y María Walewska... Las mujeres que más influyeron en la vida de Napoleón, aunque espero encontrar alguna otra.

Eleanor estaba con el jarrón levantado, y sus ojos parpadeaban, la cara muy cerca de la de Clifton.

—Napoleón... —repitió—. Claro... Se merendó casi toda Europa, invadió Rusia, pero luego tuvo que retroceder y se suicidó en la cancillería.

—Ése fue Hitler.

—Bueno, ¿qué más da...? Lo importante es que esas mujeres están muertas o deben ser muy viejecitas.

Clifton sacudió la cabeza.

—Murieron hace más de cien años.

—Clifton, eres maravilloso... Dentro de cuatro meses terminaré la temporada en Broadway. Me han dicho que tendré tres semanas de vacaciones antes de trabajar en Hollywood... Iremos los dos a París.

—Lo siento, querida, pero no puedo esperar tanto tiempo. Mi productor me ha dado un plazo de ocho semanas para que le presente el guion.

—Habla con el Cabeza de Huevo, y dile que no puedes hacerlo en tan poco tiempo.

—Tengo un contrato que debo respetar.

—Varía las cláusulas.

—No puedo variar las estipulaciones que acepté. Repito que lo siento, pero debo ir a París... Compré el billete de avión y salgo mañana.

—¿Y me lo dices hoy...?

—Pensé que era mejor esperar hasta última hora.

—¿Desde cuándo sabes eso?

—¿Qué importa, Eleanor? —dijo Clifton, y la besó en la comisura de los labios.

Le quitó el jarrón de las manos y lo puso sobre la mesa.

La joven enroscó sus brazos en el cuello varonil.

—Clifton, júrame que no me engañarás con una francesa.

—Pero, nena. Tú eres lo mejor del mundo... En París sólo pensaré en ti, cuando Josefina, María Teresa y María Walewska me dejen un rato libre...

Eleanor lo besó en los labios.

En aquel momento sonó el teléfono.

—Siempre hay alguien que está dispuesto a molestar —dijo la actriz.

Se apartó de él y tomó el auricular.

—¿Sí...? ¿Orson Vernon...? —Eleanor cubrió el micro con la mano—. Es un amigo tuyo, y dice que necesita hablarte.

—Orson Vernon —repitió Clifton—. Sí, lo conozco... Anda, dame el receptor. —Clifton habló por el micro—. Hola, muchacho... ¿Cómo diste conmigo?

—Me dio la dirección Ben Goodix... Nos encontramos ayer en un bar. Le pregunté por ti y me dijo que te ibas a Francia por tu trabajo...

—Sí, es cierto.

—Quisiera pedirte un favor, Clifton.

—¿Qué cosa, Vernon...?

—Tengo un amigo en Francia, al que le estoy agradecido, y quisiera enviarle un regalo...

—Lo siento, Vernon, pero no me gusta llevar más equipaje que el mío...

—No te preocupes. No se trata de nada que te vaya a estorbar... Sólo quiero regalarle un encendedor... Naturalmente, es de oro. Sólo un recuerdo.

Clifton titubeó, y al fin dijo:

—Está bien, Vernon. Llevaré ese encendedor para tu amigo.

—¿Vives en tu antigua dirección, Clifton...?

—Sí.

—¿Cuándo quieres que pase a verte?

—¿Va bien esta noche a las diez?

—Estupendo.

—Entonces, ya no hay más que hablar. Hasta luego, Clifton colgó.

Eleanor volvió a atenazar con sus brazos el cuello del guionista de la televisión.

—Clifton, me voy a aburrir mucho mientras estés en Europa...

—Haré todo lo posible por volver cuanto antes.

Clifton mentía. Había tenido mucha suerte con aquella oportunidad de visitar París en abril. La primavera... Las jardines de las Tullerías... El Parque de Luxemburgo... El Folies Bergere...

Y, sobre todo, las francesitas, que se desprendían de su ropaje de invierno.

—Cheri —oyó que decía Eleanor—, je t'aime... Fue lo único que aprendí del francés, y me lo enseñó un marinero.

—Ya es bastante, querida, ya es bastante.

Dos horas más tarde, Clifton entraba en su apartamento.

Su despedida de Eleanor había sido muy emotiva.

Tomó una ducha fría, se puso el pijama y fue a meterse en la cama.

Tenía muy pocas horas para dormir. A las siete de la mañana salía su avión del aeropuerto Kennedy.

De repente, sonó el carillón de la puerta.

Frunció el ceño y le vino a la memoria algo que ya había olvidado. Su amigo Orson Vernon quería que le llevase un encendedor de oro a un amigo de París.

Acudió a abrir y entró Vernon, sonriente.

—Hola, Clifton —dio un suspiro al ver el *living*, que Clifton había hecho decorar un mes antes—. Caramba, me alegro mucho que te vayan bien las cosas.

—No me puedo quejar. ¿A qué te dedicas ahora, Orson...?

Sabía que éste era un hombre inquieto. Le conocía tres o cuatro profesiones, siempre relacionadas con grandes negocios, que, la mayoría de las veces, sólo existían en la mente de su amigo. Sí, Orson era un tipo fantástico. Se conocieron en el servicio militar, cuando lo prestaron juntos en Alaska. Entonces, Orson Vernon tuvo su primera idea genial: Montar allí una fábrica de helados. Hasta quiso interesar en el negocio al general Vanderbert y, con ese motivo, el general Vanderbert ordenó que Orson fuese observado durante un mes por los siquiátras.

—Soy jefe de relaciones públicas de una importante firma de exportación.

—Lo celebros.

—He subido como la espuma, y subiré más, Clifton... Te lo dije, muchacho, sería un hombre importante...

—¿Te casaste...?

—Pero Clifton, ¿qué es lo que dices? —Orson se echó a reír—. Eso lo dejo para los amigos, para ti por ejemplo.

—Bueno, yo me encuentro en las mismas circunstancias que tú.

—¡No!

—Sí, Orson. Soy completamente célibe.

—Estupendo, Clifton. Somos los únicos de la pandilla que

conservamos nuestra libertad. Es bueno eso de ir donde a uno le parezca, sin necesidad de tener que dar explicaciones. Pobres muchachos... Me estoy refiriendo a Louis, a Joe, a Barton... Uno con cuatro hijos, otro con cinco... El otro día vi a Barton. Está hecho un barril. ¿Te acuerdas que era el recordman de las cien yardas en el campamento...? Me lo encontré en la Calle 42, a la entrada de un cine, y voy y le digo: «Anda, Barton, te doy diez yardas de ventaja en los cien» —lanzó una gran carcajada—. Tenías que haber visto su cara.

Clifton también rió, y luego se acercó a Orson y le dio un par de palmadas en la espalda.

—Orson, no quiero echarte, pero mi avión sale temprano. ¿Qué te parece si me llamas cuando vuelva...? Estaré aquí en un par de semanas.

Orson le guiñó un ojo.

—Iremos a cenar por ahí. Tengo un par de bombones, y te reservaré uno que seguro que te va a gustar...

—Desde luego.

Vernon metió la mano en su bolsillo y sacó un pequeño estuche. El mismo lo abrió. Sobre un lecho de raso descansaba un encendedor de oro. Tenía grabada una Medusa, la cabeza de una de aquellas gorgonas, cuyos cabellos eran serpientes.

—Es para Hubert Freville. Tiene una tienda de antigüedades en la calle Charmante, número catorce.

—Será mejor que tome nota, no vaya a ser que lo olvide.

Clifton apuntó el nombre y la dirección en una tarjeta.

Cuando hubo terminado, vio que Vernon le alargaba otro estuche.

—¿Qué es eso...?

—Para ti, Clifton. —Vernon abrió el estuche y mostró otro encendedor igual al que enviaba para Hubert Freville.

—No, Orson, no puedo aceptarlo...

—No seas tonto. Me lo dejaron a buen precio, si compraba dos. Y pensé que era lo menos que podía hacer para agradecerte lo que hiciste por mí en el campamento.

Vernon se refería a que lo había salvado de morir. Estaban haciendo ejercicios de demolición, y Orson no se dio cuenta de que se colocaba justamente detrás de una pared que se vendría abajo.

Clifton se tuvo que abalanzar sobre él y apartarlo, justo cuando el muro se derrumbaba.

—Están grabadas las iniciales en la parte inferior —dijo Orson—. Así que no los puedes confundir: H. F., y C. R.

—Está bien, Orson; si ya lo grabaste, no tengo más remedio que aceptarlo.

—Me ofendería mucho si no lo tomases.

—Correcto —dijo Clifton—. Pero me siento avergonzado. ¿No beberás un trago de *whisky*?

—Oh, no. Has de descansar, muchacho, y eso es importante. Yo también quiero regresar a mi apartamento. He de levantarme temprano mañana... Ya sabes, mis ocupaciones como jefe de relaciones públicas. Mañana tengo que recibir a once visitantes, nada menos que a once...

Clifton acompañó a Orson hasta la puerta. Allí se estrecharon la mano y se dieron palmadas. Luego, Vernon se marchó.

Clifton se durmió en pocos minutos.

A la mañana siguiente, la campanilla del reloj lo despertó a las seis.

Fue puntual en subir al avión.

Cuando ya volaban sobre el océano, aceptó el diario que le ofrecía la azafata.

Leyó dos crónicas de política internacional que se insertaban en la primera página. Luego pasó a las siguientes.

De pronto, el corazón le dio un vuelco al leer la noticia que se insertaba en la cuarta página, en un rincón de la izquierda:

Orson Vernon, jefe de relaciones públicas de la Hamilton Company, había sido encontrado muerto por una vecina, Mary Stuart, cuando ésa fue a pedirle una taza de azúcar. Al parecer, el señor Vernon se había desnucado al intentar cambiar la bombilla fundida de una lámpara, como así lo pregonaba el hecho de haber una escalera bajo la referida lámpara y que se hallase sobre la mesa una bombilla dentro de su envase, mientras que existía otra que estaba fundida.

Clifton leyó dos veces más la escueta información.

Dobló el periódico, cerró los ojos y los volvió a abrir. Era increíble, pero allí estaba. No podía haber equivocación. Era su amigo Orson, su antiguo compañero del ejército, el hombre que la

noche anterior había estado en su apartamento para confiarle aquel encargo.

No ya no podría ir a cenar con Orson cuando regresó de París, ni conocería al bombón que le había reservado.

Así era la vida.

CAPÍTULO II

Ya estaba en París.

Se había alojado en el hotel Odeón, *suite* 77.

Durante el viaje se dijo que aprovecharía bien el tiempo, que no perdería la primera noche, y que pasearía por las calles de París, oliendo el aire primaveral. Pero allí estaba, en el bar del hotel, sentado en un taburete. Fuera estaba descargando una tormenta como no se había conocido otra en los últimos tres años. Y el termómetro marcaba los seis grados.

No, el calendario que había en la parte superior sobre la pared, no estaba equivocado. Corría el mes de abril y aquello era París.

Le gustó una joven que pidió un vodka. Era monilla, de nariz respingona y ojos negros. Una francesita. Pero cuando fue a trabar conversación con ella, llegó un tipo melenudo y se la llevó. No había otra mujer a mano. Claro que cabía una solución. Estaba seguro que, mediante una propina, podría conseguir que uno de los mozos del bar le diese la dirección de una chica.

Pero no le seducía el plan. No le gustaba presentarse ante una mujer como posible cliente. Prefería la aventura.

Abandonó el bar y subió en ascensor hasta la planta donde se ubicaba la *suite* 77.

Poco después, se metía en la cama.

La tormenta estaba en su apogeo. Un rayo debió caer cerca porque la chispa produjo un gran estruendo.

Apagó la luz, y trató de conciliar el sueño.

No estaba muy seguro de que hubiese hecho lo más acertado. No había traído paraguas, pero pudo pedirlo prestado.

Y un paraguas constituía un gran instrumento para la conquista callejera.

«¿Qué estás diciendo, Clifton? ¿Es que no te acuerdas de que ya cumpliste los treinta y tres años...? ¿Te parece bonito ir por las

calles ofreciendo tu paraguas a una muchacha que se está mojando...? Es ridículo, absolutamente ridículo. Además, en una noche como ésta, todas las francesas deben llevar paraguas».

De pronto, le llegó un ruido del saloncito.

Al principio, pensó que era debido a la tormenta. Pero luego ocurrió algo que lo sacó de dudas.

Alguien estaba abriendo la puerta de su dormitorio.

Oyó perfectamente el chasquido.

Se quedó inmóvil, conteniendo la respiración. Pero luego pensó que era mejor simular que estaba durmiendo.

¿Debía roncar? No, ya no podía hacerlo, porque, quienquiera que fuese, había tenido tiempo sobrado de escucharlo a través de la puerta.

Su visitante entró en el cuarto.

Oyó un fru-fru, y se asombró. Era una mujer. Sí, no cabía duda.

Abrió un ojo y vio la silueta de ella, gracias al resplandor de un relámpago.

El perfil de su cara resultaba atractivo.

Parecía joven.

Pensó que ella se habría equivocado de habitación, en cuyo caso no podía ser soltera. Volvía al dormitorio que creía suyo. Ella era muy delicada, y no quería molestar al marido.

¿Se desvestiría en seguida o trataría antes de alcanzar su camisión?

En el segundo caso, se daría cuenta de su error.

Pero no, no se estaba desvistiendo. ¡Qué cosa más curiosa! Había abierto el armario donde él guardaba la maleta.

Entonces, lo que ella buscaba era el camisión.

Puso la valija a sus pies, y Clifton pensó que ella tendría una maleta parecida a la de él.

Abrió la maleta y se puso a buscar. Un minuto, dos...

No, ya no podía admitir que aquella mujer no hubiese ido allí intencionadamente. Era una ladrona.

Pero tenía que ser muy atrevida porque ella lo había visto tendido en la cama, supuestamente dormido.

Justamente, en la maleta, guardaba él quinientos dólares en efectivo. Ya debía haberlos encontrado porque a la mujer se le escapó un suspiro. Abrió un bolso y lo cerró.

Ahora, silenciosamente, dejó la maleta.

Caminó hacia la puerta para salir.

Fue entonces cuando Clifton encendió la luz.

Ella se volvió, dando un grito.

El hombre vio un rostro muy bello y una boca formando hociquito, cuyos labios estaban entreabiertos. No debía tener más de veintitrés o veinticuatro años, y poseía una figura seductora. Se cubría con un impermeable negro, muy entallado.

—Le agradezco su delicadeza, señorita —dijo Clifton, y saltó de la cama, poniéndose el batín.

—Oh, le desperté —dijo ella con una gran ingenuidad.

—No, y eso era lo que le estaba agradeciendo. Su extremo cuidado para no interrumpir mi sueño. Pero debo advertirle que estaba despierto. Me molestan los truenos, ¿sabe...?

—Cuánto lo siento —contestó la joven, tratando de recuperar su sangre fría.

—¿Se equivocó de habitación...?

—Sí, desde luego, me equivoqué.

—A veces pasan esas cosas.

—Pero no sé cómo me pudo ocurrir a mí. Estaba segura de que ésta era la *suite* 67.

—Sin embargo, es la 77... Su marido tiene suerte en que soy un caballero.

—Gracias, señor...

—Clifton Reagan.

—Mireille Dupont.

—Encantado de conocerla, señora Dupont.

—Disculpe, pero tengo que marcharme. Esto fue muy gracioso y, cuando se lo cuente a mi marido, se va a reír mucho.

—Yo también me estoy riendo.

—Bueno, señor Reagan. Espero que nos veamos en otra ocasión. Clifton aguardó a que saliese del dormitorio, pero él fue detrás.

—Un momento, señora Dupont.

La joven se volvió en el centro del saloncito.

—¿Sí, señor Reagan...?

—Quiero que me devuelva lo que me pertenece, señora.

—¿Eh...?

—Lo que tomó de la maleta.

—No estará hablando en serio...

—¿A usted qué le parece...?

—No me irá a acusar de ser una ladrona.

Clifton se rascó tras de una oreja.

—Digamos que lo que tomó de mi maleta fue por confusión...

Ya sabe, entró aquí creyendo que era la *suite* de su marido, y a quien quiso robar fue a él.

—¡Señor Reagan...!

—¿Quizá he herido sus sentimientos?

La joven levantó la barbilla.

—Desde luego, señor Reagan. Está resultando muy desagradable. Si todo esto lo supiese mi marido, le iba a ocasionar un serio disgusto. El es un hombre susceptible, mucho más que yo, y no consiente, por nada del mundo, que su esposa sea difamada por nadie.

—Le presento mis excusas...

—Y yo las admito, señor Reagan... Buenas noches.

La joven fue a continuar su camino, pero Clifton se adelantó y se plantó delante de la puerta.

—¿Qué hace, señor Reagan...?

—Ya lo ve, le estoy impidiendo que salga.

—Dijo antes que usted era un caballero, y no intentará aprovecharse... Quiero decir hacerme el amor.

—No, señora Dupont. Puedo asegurarle que no voy a hacerle el amor...

—¿Entonces...?

—Sólo quiero que me devuelva mi dinero. Los quinientos dólares que sacó de mi maleta.

—Está usted muy equivocado. Pero le voy a ofrecer una oportunidad para rehabilitarse consigo mismo. Vuelva al dormitorio y compruebe que tiene su dinero en la maleta.

—Claro, y mientras yo voy allí, usted se marcha.

—Sus sospechas son algo intolerables, señor Reagan. Estoy dispuesta a acompañarle al dormitorio.

Clifton frunció el entrecejo. Algo había allí que marchaba mal.

—Entonces, ¿qué es lo que guardó en su bolso, señora Dupont?

—Nada.

—Oí que lo abría y que lo cerraba. A ver, déjelo.

—No lo consentiré, señor Reagan —contestó la joven, apretando el bolso contra su estómago.

—¿Por qué no...?

—No es de buena educación registrar el bolso de una dama.

—Lo admito, pero usted también debe reconocer que, en las presentes circunstancias, hemos de olvidar un poco el protocolo.

—Señor Reagan, si me pone la mano encima, gritaré.

En aquel momento, se oyó un trueno.

—Me temo, señora Dupont, que no la van a oír. La furia desatada de los elementos está a mi favor.

La joven señaló el teléfono que descansaba sobre una mesa ratona.

—Llamaré a la dirección.

—Muy bien, llame, y veremos a quién le dan la razón... Ésta es la *suite* 77, y según el registro, yo soy actualmente el único ocupante de ella... Vamos, señora Dupont, no se entretenga, llame a la recepción...

La joven miró al teléfono, indecisa, y se mordió el labio inferior.

—No puedo hacerlo, señor Reagan.

—¿Ya se arrepintió?

—¿Es que no se da cuenta...? Organizaría un gran escándalo. Se sabría que he estado aquí... Y mi marido...

—Oh, sí, su marido... Ya lo había olvidado... Su esposo pensaría que usted y yo...

—No siga, señor Reagan... Y ahora que todo ha quedado aclarado, buenas noches...

—No ha quedado aclarado nada.

—¿Insiste en ver mi bolso...?

—Insisto.

—Muy bien, puede verlo.

La joven le alargó el bolso y Clifton lo tomó.

Mireille comprobó que él iba a abrirlo, y exclamó:

—¿Es que lo va a abrir?

—Claro, para eso me lo dio.

—Creí que le quedaría una brizna de caballerosidad. Pero veo que me equivoqué... Usted me ha defraudado, señor Reagan.

Clifton caminó hacia la mesa ratonera, y volcó sobre ella el contenido del bolso.

Vio diversos objetos típicos de la mujer. Lápiz de labios, polvera, pañuelo, un esenciero, un espejo... y un estuche que le parecía haber visto con anterioridad.

Lo tomó para abrirlo.

—¡Deje eso! —Oyó a Mireille—. ¡Es mío!

Sin embargo, lo abrió. Dentro del estuche estaba uno de los dos encendedores que Orson Vernon le había dado. Vio el dibujo grabado, la cabeza de Medusa. Sí, no cabía duda.

Tomó el encendedor y vio las pequeñas letras iniciales de su nombre C. R., en la base.

—Conque era esto lo que buscaba...

—No comprendo a qué se refiere, señor Reagan.

—No me diga que este encendedor es de usted.

—No, no lo es —repuso Mireille, con voz estrangulada—. Dios mío, qué vergüenza.

La joven se tambaleó, en busca del sillón más cercano. Se derrumbó en él, estallando en sollozos.

Clifton la miró, asombrado.

—¿Qué le pasa, Mireille?

—Quisiera que me tragase la tierra.

—Quizá con un poco de suerte lo consiga, si uno de esos rayos cae en el hotel...

—No bromea —la joven mostró su cara—. ¿Es que todavía no se ha percatado de lo que soy...?

—Sí, una ladrona.

—Señor Reagan, no soy una ladrona...

—Bueno, quizá exista otro nombre, pero no estoy muy al corriente del argot de los bajos fondos.

—¡No soy una ladrona! ¡Entérese de una vez! ¡Soy una cleptómana...!

—¿Eh...?

—Es horrible, señor Reagan, espantoso... Empecé a los doce años, apoderándome de los regalos que hacían a mi hermanito... Pobre Jack, le dejaba sin sus obsequios de cumpleaños... Y no crea que esperaba muchos días. Aprovechaba que él dormía durante la noche del día en que había recibido los regalos... Y tenía que haberme visto cuando íbamos a casa de tía Eugénie, que vivía en Lyon. Le hacíamos una visita por Pascua de Resurrección... En

cuanto se descuidaba, ya me estaba apoderando de cuánto mis ojos veían... Al principio, no le daban importancia, hasta se reían. Pero, conforme fueron pasando los años, se preocuparon seriamente de mí... Papá se decidió al fin a consultar a un doctor. Cleptomanía, dijo... ¿Se da cuenta...? ¡Cleptomanía...!

—Es muy doloroso, señora Dupont. La comprendo.

Mireille suspiró fuertemente.

—Debe cumplir con su deber.

—¿Mi deber...?

—Llame a la policía.

—¿Cree que es necesario?

—Claro que sí. Quizá una temporada en la cárcel me venga bien...

—¿Y qué va a decir su esposo...?

Mireille quedó con la boca abierta.

—¡Dios mío! —exclamó—. Tiene razón... Sería el final. Marcel se divorciaría de mí... Estoy segura de que lo haría...

—No se preocupe. No voy a llamar a la policía.

Clifton guardó el estuche con el encendedor en el bolsillo derecho de su batín.

—Ya entiendo —insinuó Mireille—. Quiere llevarme a la presencia de mi esposo, y decirle lo que ha ocurrido para que me ate corto.

—Eso sería indigno por mi parte.

—¿Entonces...?

—No haré nada.

—¿No hará nada...?

—Eso he dicho... Bueno, sólo le voy a dar un consejo. Visite a su doctor. El sabrá darle el tratamiento adecuado. Pero debe prometérmelo.

—Se lo prometo. Visitaré a mi doctor, y le contaré lo sucedido. Me pondré en tratamiento. Mejoraré en seguida. Siempre ha ocurrido. Y esta vez no volveré a las andadas. Me rehabilitaré, señor Reagan, y eso se lo deberé a usted... Oh, no sabe cuánto se lo agradezco...

—No tiene que agradecerme nada...

—Es usted el mejor hombre que he conocido en mi vida...

Clifton guardó los objetos en el bolso de Mireille, y se lo dio.

—Señor Reagan, me acordaré de usted siempre...

Se acercó a Clifton, se puso de puntillas y lo besó en la boca.

Antes de que Clifton pudiese decir nada, Mireille salió de la *suite*, cerrando a su espalda.

El hombre se había quedado inmóvil como una estatua, porque todavía estaba bajo los efectos del apasionado beso.

Sonrió.

Caramba, había valido la pena.

Si supiese que la joven iba a volver, le dejaría la puerta abierta. Fue a regresar a su habitación, y metió las manos en los bolsillos del batín.

Sólo dio dos pasos, y se volvió a quedar quieto.

Ya no tenía el encendedor en el bolsillo. Había desaparecido.

Volvió la cabeza bruscamente hacia la puerta. Ella le había robado el encendedor de nuevo.

El beso de agradecimiento sólo había sido una treta para acercarse a él.

Descolgó el teléfono.

—¿Sí, señor Reagan? —Oyó la voz del empleado de recepción.

—Oiga, ¿quién ocupa la *suite* 67...?

—El señor Shaffer, un ingeniero alemán.

—¿Me quiere decir en qué habitación se hospedan el matrimonio Dupont? Marcel y Mireille Dupont...

—Perdone, señor Reagan, pero entre nuestros huéspedes no figura ningún matrimonio de ese nombre.

—¿Está seguro?

—Sí, señor. Pero de todas formas lo consultaré.

Clifton esperó un par de minutos, y por fin oyó otra vez la voz del empleado.

—No, señor Reagan, no tenemos ningún huésped que se llame Dupont.

—¿Conoce a una mujer de unos veintitrés años, morena, esbelta, muy bonita, ojos negros, nariz respingona...? Cuando la vi, hace unos minutos, se cubría con un impermeable negro.

—¿La vio en su habitación, señor Reagan?

—Sí, pero no me dejó el número de su teléfono, si es a eso a lo que se refiere.

El empleado tosió.

—Lo siento, señor, pero no vi a esa mujer.

—Gracias de todas formas.

Clifton colgó y se quedó pensativo.

¿Por qué Mireille le había robado el encendedor...? La seguía llamando Mireille, aunque estaba dispuesto a jurar que tampoco era ése su nombre. ¿Y si fuese cierto que era realmente una cleptómana?

Oh, no, no podía aceptar eso. Ahora, no.

De pronto, recordó el final de Orson Vernon. Había muerto la noche anterior, en su apartamento de Nueva York, cuando se disponía a cambiar una bombilla.

¿Era natural que un hombre cambiase una bombilla antes de irse a dormir? ¿No le había dicho Orson que necesitaba levantarse temprano porque tenía que recibir al día siguiente en su oficina a once visitantes, como jefe de relaciones públicas?

¿Y cómo podía caerse Orson de una escalera y desnucarse...? Lo había visto por sus propios ojos unas horas antes de que ocurriese aquel accidente, y Orson le había contado su encuentro con Barton, que fue el recordman de las cien yardas en el campamento militar, y le había desafiado, aunque fuese en broma, a hacer una carrera.

Volvió rápidamente al dormitorio, y sacó la maleta.

Allí estaba el otro estuche, el que contenía el encendedor que debía entregar a Hubert Freville.

Lo tomó en sus manos, y observó atentamente la cabeza de Medusa y las iniciales.

Hasta ahora no había examinado ninguno de los dos encendedores.

Lo desarmó. No tenía nada de particular. Era un encendedor de gas como otro cualquiera.

Brotó la chispa, e instantáneamente la llama. No, no tenía nada de particular.

«¿Y si estuvieses equivocado, Clifton? ¿Por qué no ha de ser una cleptómana? Todo ha podido ocurrir con absoluta normalidad. Orson se desnucó. Tenía que reponer la bombilla fundida. No es lo mismo saltar de una escalera que caerse de ella en el momento más inesperado. Hasta los atletas profesionales están expuestos a fracturas y desnucamientos. Y Orson Vernon no era un atleta profesional. En cuanto a la muchacha, es una vulgar ladrona. Se

llevó lo primero que encontró, el encendedor de oro. No se llevó los billetes porque no dio con ellos, y lo mismo ocurrió con el otro encendedor...».

Al diablo con sus pensamientos. Todo estaba muy enrevesado. Quizá, con el nuevo día, podría aclarar un poco las ideas.

CAPÍTULO III

Eran las nueve de la mañana.

En aquel momento llamaron a la puerta.

Desconectó la maquinilla y acudió a abrir.

En el hueco vio a un hombre de unos cuarenta años, pelo negro, cara sonriente.

—¿El señor Reagan?

—Sí.

—¿Puedo pasar...? Oh, perdón, todavía no me presenté; soy Félix Labisse.

—¿Qué desea?

—Devolverle algo que le pertenece.

—¿A qué se refiere?

—Creo que esto es suyo —dijo Labisse, y sacó la mano del bolsillo.

Reagan vio, perplejo, que el recién llegado mostraba el encendedor con la cabeza de Medusa.

—Pase, señor Labisse.

Su visitante entró en la *suite*.

Reagan tomó el encendedor. Sí, era el mismo. Allí estaban sus iniciales: C. R.

Miró a Labisse, que continuaba exhibiendo una agradable sonrisa.

—¿Cómo llegó a su poder, Félix?

—Mi hermanita, señor Reagan.

—¿Su qué?

—Mireille, ya sabe, la chica que lo visitó anoche. No se puede imaginar...

—¿Qué es lo que no puedo imaginar?

—Trato de influir en ella, pero resulta difícil...

—¿Quiere decir que es una ladrona?

—La palabra resulta fuerte, pero es la única que se merece... Hasta ahora no valieron para nada mis consejos... No sé a quién habrá salido... Nos quedamos sin padres muy pequeños, y yo tuve que cuidar de ella.

—¿No hay más hermanos?

—No, sólo Mireille y yo. Nos fuimos a vivir con un hermano de mi padre, el tío Maurice... Él es un vago, pero no un ladrón, se lo aseguro, señor Reagan.

—¿Dónde viven?

—En las afueras. Es mejor que no vaya por allí, especialmente si es de noche. El que se atreve a meterse por aquellas cabañas ha de hacerse a la idea de quedarse sin zapatos.

—Bueno, Félix, no hace falta que me diga más. Me temo que el lugar en que viven no es el más adecuado para una muchacha. ¿Desde cuándo están allí?

—Ella, desde los siete años.

—Ahí lo tiene.

—Sí, señor Reagan, creo que tiene razón. Yo siempre he tratado de escapar de aquel condenado barrio. He trabajado con estas manos... —Levantó las manos, los dedos arqueados—. Pero se gana poco trabajando. Muy poco, señor Reagan... La vida es cara, todo cuesta mucho...

—Me hago cargo. ¿Cuál es su profesión, Félix?

—Mecánico. Automóviles, ya sabe. Trabajo en un taller diez horas, ocho de la jornada laboral más dos extras. Es de risa, señor Reagan. Ni con eso podemos salir de aquel barrio.

—¿Y qué hace Mireille? ¿No estudió nada?

—Sí, aprendió a leer y a escribir como yo. Pero luego... ¿Es usted inglés?

—No, americano...

—Ah, los Estados Unidos. Allí las cosas son distintas. Cada persona tiene su oportunidad. Su presidente, ese Johnson, era botones, o ascensorista, o algo así, y ya lo ye, ahora es todo un presidente. Pero aquí las cosas son distintas... ¿Vio los ascensoristas de este hotel? Algunos tienen cincuenta años. Pregúnteles qué fueron antes y le responderán que, naturalmente, fueron ascensoristas. Apuesto a que alguno de ellos empezó a los dieciséis años, y se morirá apretando el botón... Así son las cosas en Europa,

señor Reagan.

—Bueno, usted podrá establecerse algún día.

—¿Establecerme? No me haga reír... ¿Dónde está el dinero?

—Puede ahorrar algo, y pedir el resto a un Banco.

—Sé que no lo hace intencionadamente, pero está diciendo otro chiste. Aquí te pueden prestar dinero, pero necesitas una garantía, ¿y sabe en qué consiste la garantía? En algo que vale como mínimo cinco veces más de lo que tienes que pedir... No, señor Reagan, sólo tengo una oportunidad.

—Vaya, menos mal que le queda una.

—Que acierte en las carreras.

Clifton miró a Félix con fijeza, y finalmente sacudió la cabeza.

—Bueno, le daré algo para que acierte.

—¿Qué dice...? ¿Me va a dar dinero...? Oh, no. No lo consentiré, tengo mi orgullo.

—Oiga, Félix, usted me ha devuelto un encendedor de oro que aprecio mucho. Ya habrá visto mis iniciales...

—Sí, señor, las vi.

—No es por el valor intrínseco del encendedor, sino porque se trata del recuerdo de un buen amigo.

—Bueno, si es así...

Reagan sacó un billete de cinco dólares.

—Eh, ¿me va a dar eso, señor Reagan?

—Sí.

—Es demasiado dinero.

Como Félix no alargaba la mano, Reagan le metió el billete en el bolsillo superior de la chaqueta.

—Gracias, señor —dijo Félix, pasándose el dorso de la mano por la boca—. Se ha portado usted bien con nosotros... Mireille trató de quitarme de la cabeza que viniese aquí.

—¿Ah, sí...?

—Ya sabe, ella tenía miedo de que la denunciase porque, según me contó, le robó dos veces el encendedor.

—Así fue.

—Lo que no puedo comprender es cómo lo logró por segunda vez.

—¿No se lo dijo?

—No.

—¿No lo imagina, Félix?

Labisse parpadeó.

—Eh, señor Reagan, no habrá hecho nada con mi hermana...

—Quítese eso de la cabeza. Sólo me dio un beso.

—¿Nada más?

—Se lo juro.

Félix exhaló el aire de los pulmones.

—Bueno, señor Reagan, yo me marchó. Gracias por todo.

—Soy yo el que le está agradecido.

Reagan lo acompañó hasta la puerta.

—Oiga, Félix, imagino que su hermana nunca ha estado casada.

—No, desde luego. Eso de la señora Dupont fue un truco.

—¿La ha pillado alguna vez la policía?

—Sólo una vez, pero dio la casualidad de que el gendarme era amigo mío, y lo pudimos arreglar.

—Es una pena. Sería una lástima que su hermana se echase a perder. Siga perseverando para apartarla del mal camino.

—Desde luego, señor Reagan.

Labisse hizo un saludo con la mano, y se fue hacia la escalera.

Clifton cerró la puerta y quedó pensativo, mientras sopesaba el encendedor.

¿A quién debía creer? ¿A su voz interior o a los hechos...? Según la información del periódico, Orson Vernon había muerto a consecuencia de un accidente. Y respecto al robo del encendedor, había sido víctima de una ladrona que no podía considerarse como profesional... ¿Era sólo eso o había más...?

Bueno, ahora debía entregar el correspondiente encendedor a Huber Freville. Cuanto más pronto realizase el encargo, sería mejor.

Cuando tuvo los dos encendedores en la mano, los miró atentamente. Se le ocurrió una idea. ¿Por qué entregar el de Hubert Freville a Hubert Freville? Después de todo, las iniciales eran pequeñas. Se podían notar, si se daba la vuelta. Pero las letras aparecían casi confundidas con los arabescos aquellos.

«No puedes negar que eres un guionista de televisión, un tipo que vive de la fantasía. Estás creando un problema donde no lo hay. Todo fue casual, Clifton, convéncete».

Era curioso. Su voz interior le ponía sobre aviso y, poco más tarde, la propia voz le sugería que todo era una fantasía suya. Pero ¿qué era una fantasía suya?

Soltó algunas imprecaciones para sus adentros. ¿Por qué no llevar la idea hasta el fin? Después de todo, no perdía nada. Sí, entregaría a Hugo Freville el encendedor con las iniciales C. R. Al fin y al cabo, siempre estaría a tiempo de cambiarlo.

Pero ahora que ya estaba decidido a hacer el cambio, se preguntó dónde escondería el encendedor con las iniciales H. F. ¿En su valija? No, de ninguna manera. Mireille había probado que era fácil llegar hasta ella, y lo mismo ocurriría con cualquier otro lugar del apartamento.

¿Debajo del tubo de desagüe...? Eso era indigno de su imaginación. Lo había visto en varias películas.

Abrió la ventana. En la parte de arriba había un pequeño alero. El encendedor era pesado. El viento no podía tirarlo. Era un buen escondite, mientras a nadie se le ocurriese buscarlo allí.

Cerró la ventana, y abandonó la *suite*.

Se desayunó en el bar del hotel y, más tarde, tomó un taxi y dio al conductor la dirección de la calle Charmante.

Cuando llegó a su destino, abonó el importe de la carrera y saltó del taxi.

La calle Charmante se ubicaba en el barrio de Montparnasse y era estrecha, con viviendas que tenían un siglo o más de antigüedad.

Para llegar a la puerta del negocio de antigüedades, había que bajar tres peldaños. A la derecha había un pequeño escaparate donde se exhibían muchos objetos en promiscuidad.

Abrió la puerta y se produjo un campanilleo.

En la tienda había muy poca luz, y tampoco la habría cuando saliese el sol. Quizá el señor Freville quería economizar electricidad.

Vio algo que se movía detrás de un mostrador. Era un hombre de sesenta años, de mejillas chupadas y nariz aguilena.

—¿Señor Freville?

—Sí, soy yo.

—Mi nombre es Clifton Reagan, y soy amigo de Orson Vernon.

—Caramba, ¿usted es amigo de Orson?

—Hicimos el servicio militar juntos.

—¿Viene de Nueva York?

—Llegué anoche a París.

—¿Y cómo está Orson Vernon?

—Muerto.

—¿Qué?

—Murió pocas horas antes de salir yo de Nueva York.

—Infiernos, nadie lo creería. Era un hombre que se veía tan fuerte, tan lleno de salud... Viéndolo, uno podía jurar que sólo podría acabar con él un obús.

—Acabó con él una bombilla.

—¿Cómo?

—Perdón, quiero decir una bombilla de las que se utilizan en las lámparas... Trató de cambiar una que estaba fundida, cayó de la escalera y se desnucó.

—¡Pobre señor Vernon!

—¿Cómo se conocieron ustedes...?

—Aquí mismo en mi casa, hace unos seis meses.

—No sabía que Orson hubiese venido a París.

—Se presentó aquí para comprar antigüedades francesas del siglo XII y XIII. Se llevó varias cosas. Me dijo que las quería para venderlas a sus compatriotas. Ya sabe, él recargaba un poco el precio, y ganaba una comisión.

—Hubiese jurado que Orson no entendía mucho de arte.

—Bueno, no creo que entendiese mucho, pero vio la oportunidad de ganar algún dinero, y no quiso desaprovecharla.

—Comprendo. —Reagan hizo una pausa—. ¿Qué favor le debía a usted?

—¿Eh?

—Orson me dijo que le estaba muy agradecido.

—Oh, sí, sé a lo que Orson se refería... Un desaprensivo intentó engañarlo, vendiéndole objetos falsificados. Por fortuna, eso le salvó de la bancarrota, según me dijo. Hubiese perdido de cinco a seis mil dólares.

Reagan dejó correr unos segundos. Ahora le pareció estúpido lo que había hecho, sustituir el encendedor de Freville por el suyo.

«Sí, muchacho, es absurdo lo que imaginaste. Ahora lo reconoces. Te estás cubriendo de ridículo y te cubrirás más cuando le digas al señor Freville que cambiaste los encendedores. Claro que

puedes marcharte y decir que Orson le envía recuerdos. ¿Y cómo justificar luego que se te olvidó entregarle el encendedor...? Infiernos, Clifton, ya empezaste tu asombrosa estratagema. Llévala adelante».

—Señor Freville, Orson me dio algo para usted.

—¿El qué?

—Es un regalo con el que quiso demostrarle su agradecimiento por aquello que usted hizo en su favor.

—No tenía que haberse molestado.

Reagan sacó el estuche, y lo entregó a Freville. Éste lo abrió y soltó una exclamación al ver el encendedor.

—Qué maravilla... Y qué detalle de más buen gusto por parte de Orson. Le dije que la imagen que más me gustaba era la Medusa. Y no lo olvidó. —Freville cerró el estuche y lo apretó entre sus manos—. No sabe cuánto me alegra recibir este regalo. Aunque, al mismo tiempo, me entristece. Sí, señor Reagan, me duele saber que no podré ver al pobre Orson...

Clifton se sintió decepcionado. Todo era normal. Aquel hombre demostraba en su cara el sentimiento. Casi podía asegurar que en los ojos de Hubert asomaban las lágrimas.

—Bien, señor Freville, ya cumplí con mi deber.

—Fue un placer conocerle, señor Reagan.

—Lo mismo digo, señor Freville. Buenos días.

—Le deseo una feliz estancia en París y un buen viaje de regreso a su patria.

—Gracias, señor Freville.

Reagan salió de la tienda y echó a andar por la calle Charmante.

«Te has cubierto de gloria, Clifton. Fallaron tus cálculos. No hay nada misterioso. Ya te creías protagonista de una de esas aventuras que, a veces, te has sacado de la cabeza para distraer a los fanáticos de la televisión».

Se cruzó en su camino una rubia de pelo lacio. Se cubría con pantalones y jersey negro con cuello redondo.

«Eso es lo que te conviene, Clifton. Una mujer como ésa. Una francesa que sepa amar genuinamente en francés».

La rubia se detuvo ante un vendedor de periódicos, y, con acento alemán, pidió un diario.

«Bueno, Clifton, ¿qué importa que sea alemana, sueca o

noruega...? Es una mujer, y eso es lo que importa. Pero, volviendo a lo de Vernon, creo que has cometido un error».

Clifton se detuvo con el ceño fruncido.

«Sí, cometiste un error en esa tienda de antigüedades. ¿Por qué no te cercioraste de si Freville conocía realmente a Vernon? Pudiste pedirle su descripción. ¿Te imaginas a Orson vendiendo objetos de arte del siglo XII y XIII...? No, seguro que no».

Retrocedió rápidamente.

Poco después, abrió otra vez la puerta de la tienda de objetos antiguos. Pero ahora, tras el mostrador, no había nadie.

—Señor Freville —llamó.

No obtuvo respuesta.

A la izquierda del mostrador había otra puerta de cristales. Puso la mano en el tirador y empujó.

—Señor Freville —llamó otra vez.

Oyó un gemido humano.

Entró en una habitación muy oscura. Tanteó con la mano hasta dar con el conmutador de la luz.

Dio un respingo al ver un cuerpo en el suelo, en medio de un charco de sangre.

Pero no era el señor Freville sino un desconocido. Frisaba en los sesenta y cinco o setenta años de edad, y tenía la cara del color de la cera. El mango de un cuchillo sobresalía de su pecho.

Reagan se agachó sobre aquel hombre y lo incorporó.

—¿Quién es usted?

El hombre entornó los ojos.

—Hubert Freville...

—No puede ser.

—Soy Hubert Freville...

En un instante, Reagan comprendió la verdad. El hombre al que había entregado el encendedor era un impostor.

—¿Quién le hirió...? ¿Por qué lo hicieron...? Hábleme... Hable, señor Freville.

Los labios del agonizante se estremecieron, dejando escapar una espuma rosácea. Intentó decir algo, pero, de pronto, dobló la cabeza.

Clifton comprendió que había muerto. Lo dejó en el suelo y avanzó por un corredor.

Al final se encontró con una cocina y una puerta entornada, como si alguien la hubiese utilizado recientemente. Daba a un callejón. Era el camino que el asesino había utilizado para escapar.

Quedó inmóvil. Sí, ahora ya no tenía ninguna duda. Orson Vernon no había muerto por accidente, al caer de la escalera. Aquel encendedor que le había dado para Freville tenía un significado, y Mireille y Félix Labisse eran otros dos impostores.

Ya estaba seguro. No necesitaba otra prueba. Estaba mezclado en una gran aventura. Pero era real, no la había creado su imaginación para deleite de los televidentes. Era una aventura mezclada con sangre.

CAPÍTULO IV

Clifton decidió que nada podía hacer en la tienda de antigüedades. Salió de allí y se hizo conducir, en un taxi, al hotel.

En el vestíbulo se detuvo para encender un cigarrillo.

Miró a un lado y otro.

Sentado en un sillón vio a un hombre que cubría su cara tras un diario. Sí, podía ser alguien que lo vigilaba, pero también podía ser uno de «ellos» aquel tipo que pasaba de un lado a otro, supuestamente esperando a alguien, o el ascensorista...

Al abrir la puerta de su apartamento, se detuvo al ver cojines por el suelo, algunos de ellos despanzurrados.

Corrió al dormitorio.

Su maleta estaba destrozada, y sus ropas diseminadas por todas partes.

Apretó los dientes, rabioso. Habían estado buscando el encendedor.

Miró la ventana. Tragó saliva al ver que estaba abierta. ¡Y él la había cerrado! El encendedor había desaparecido. No había valido para nada su estratagema.

Fue allí y alzó la mano.

Sufrió un escalofrío al sentir que sus dedos palpaban el encendedor. Lo tomó y lo examinó con atención. Sí, era el que él había dejado en aquel lugar, el de las iniciales H. F. El que todos querían.

Pero ¿qué tenía aquel encendedor?...

En aquel momento, el teléfono de la mesilla de noche sonó. Reagan quedóse mirándolo. ¿Quién era?

—Bueno, no costaba nada descolgarlo y lo sabría.

—¿Sí? —dijo.

—¿Señor Reagan?

—Con él habla.

—Fue usted muy astuto.

—¿Quién es usted?

—Puede llamarme el tío Remus.

—¿Qué quiere, tío Remus?

—Usted sabe perfectamente lo que yo quiero. El encendedor.

—Ya lo consiguieron.

—No, señor Reagan. Usted fue a la tienda de antigüedades de Hubert Freville, y dejó a Freville un encendedor que no era el que usted debía entregar. Eso estuvo muy mal hecho por su parte, señor Reagan. Al fin y al cabo, no cumplió la última voluntad de su amigo Orson Vernon.

—¿Cómo sabe que fue su última voluntad?

—Vamos, señor Reagan, no divaguemos. Usted y yo estamos al corriente de que Orson sufrió una lamentable caída en su apartamento, cuando se disponía a cambiar una bombilla.

—No, tío Remus, no fue así. Ustedes lo asesinaron.

—Señor Reagan, es absurdo que diga eso. Le aseguro que yo estaba en París cuando el señor Vernon sufrió su lamentable accidente.

—¡No importa que usted se encontrase en París! Tengo la impresión de que usted puede matar a alguien que se encuentre en estos momentos en Tokio.

El hombre que estaba al otro lado de la línea rió.

—Señor Reagan, la vida es preciosa...

—Sí, sobre todo en París, y en abril.

—Ya me dijeron que es usted un guionista de la televisión, americana. Puede que su humor sea admirado por sus compatriotas, pero debo confesarle que yo nunca lo he comprendido. Me aburren sobremanera las películas de su país.

—No sabe cuánto lo sentimos.

—Señor Reagan, usted es un hombre realista.

—¿Cómo lo sabe?

—Tengo alguna información acerca de usted. Se ha hecho a sí mismo, luchó para conseguir el puesto que ocupa, y eso es elogiabile en un hombre, cualquiera que sea la profesión a que se dedique.

—Me abruma con sus palabras, tío Remus.

—Y sé también que le gusta la buena vida y, de ella, en especial, lo más delicado que fue puesto en el mundo para deleite del

hombre. La mujer.

—Oiga, usted tiene alma de poeta.

—Gracias, señor Reagan, pero, volviendo a nuestro asunto, yo le puedo ofrecer la oportunidad de que disfrute sin inhibiciones de su estancia en Europa.

—¿Qué ha preparado, tío Remus?

—Escuche y lo verá. En primer lugar, diez mil francos.

—¿Antiguos o nuevos?

—Nuevos, naturalmente.

—Muy generoso.

—Pero ahí no termina la cosa, señor Reagan. También tendrá pagada una semana en el mejor hotel de Berna.

—Suiza, ¿eh?

—Sí, señor Reagan.

—Perdone, pero nunca me gustaron las vacas.

—Allí también hay mujeres bonitas. Las más maravillosas mujeres se dan cita en esta época, en Berna. Justo, dentro de tres días, se celebra allí un concurso internacional de belleza.

—No está mal.

—Sabía que acertaría su gusto, señor Reagan. A cambio de todo ello, sólo tiene que dar una cosa que no le pertenece... Puede considerarse un hombre afortunado... Sí, señor Reagan, sólo tiene que entregarnos el encendedor, el único que conserva ahora, el que tiene las letras H. F.

—¿Cuál es el secreto de ese encendedor?

—No tiene importancia para usted.

—Explíquemelo, y deje que sea yo quien decida.

—No, señor Reagan, no puedo decírselo porque quiero que siga viviendo. Si yo le informase del secreto del: encendedor, tendría que matarlo. Ya ve que soy sincero. Confórmese con diez mil francos, con el viaje a Berna y olvide todo lo demás.

—No puedo; tío Remus.

—Claro que puede.

—Tío Remus, un amigo mío fue asesinado, y no vuelva a repetir que Orson se desnucó porque quiso cambiar una bombilla.

—Señor Reagan, le voy a decir algo que me resulta desagradable. Pero, en las actuales circunstancias, no me deja opción.

—Diga, tío Remus:

—Su amigo Orson Vernon era un miserable, un tipo inmoral.

—No está bien hablar así de los muertos.

—Le he dicho antes que, aunque resultaba desagradable, usted me ha obligado a ello.

—No hay acuerdo, tío Remus.

—Señor Reagan —dijo el hombre con la voz más ronca que antes—. Debe ser usted más comprensivo.

—Ya lo soy. Comprendo perfectamente que se han cometido dos asesinatos y que las víctimas han sido Orson Vernon y Hubert Freville.

—Usted ni siquiera conocía a Freville.

—Soy de esos ciudadanos que, teniendo noticias de un crimen, considera que el asesino debe recibir su castigo. Y es lo que va a ocurrir aquí, tío Remus. Usted y las personas que trabajan para usted, Mireille, Félix y todos los demás, irán a parar a la cárcel.

—Es usted un niño, señor Reagan. No podrá nada contra nosotros. Yo le diré lo único que va a conseguir. Que lo matemos también... Le volveré a llamar dentro de media hora, y para entonces quiero que rectifique. ¿Lo oye?

—No hace falta que haga otra llamada.

—Y usted no hace falta que se moleste en llamar a la policía, porque le telefonaré desde otro número. Hasta luego, señor Reagan.

Clifton colgó y quedóse pensativo. Estaba enfrentado a mía pandilla de criminales. Podía denunciar el caso a la policía francesa, y entonces tendría que entregar el encendedor. Pero ¿cómo hacer tal cosa, si no sabía en qué consistía el secreto?...

No hacía falta poseer mucha imaginación para saber que el encendedor podía referirse a algún secreto fundamental para su país. ¿Y si Orson se había dedicado al espionaje? Quizá el encendedor contenía los planos de un arma secreta de Estados Unidos, o el plano referente a las defensas o la estrategia del Alto Mando Militar, en caso de guerra atómica. Podían ser muchas cosas.

Estaba en París, y en la capital francesa existía una Embajada americana.

Tenía un amigo periodista, el corresponsal del New York Telegraph, Paul Collier.

Buscó en una libreta de anotaciones. Poco después establecía comunicación con la Redacción del diario americano en París, y preguntó por Collier.

Tuvo suerte. Le dijeron que se encontraba allí.

Sólo tuvo que esperar un minuto, y oyó la voz de Collier:

—Eh, Clifton, ¿cuándo llegaste?

—Anoche.

—Ya tenía ganas de verte para que me concedieses el desquite.

Paul se refería a una partida de póquer en que Reagan se levantó ganándole seiscientos dólares.

—Te lo concederé uno de estos días, Paul, pero ahora te llamo por otra cosa.

—Está bien, muchacho, te daré la dirección de una rubia sensacional.

—Paso por ahora, Paul.

—Eh, ¿qué diablos quieres, entonces?

—¿Quién es el tipo que en nuestra Embajada tira de los hilos del contraespionaje?

—Eh, Clifton, ¿de quién estás hablando?

—Te hice una pregunta. Contesta.

—En la Embajada existe un jefe de los Servicios de Seguridad.

—¿Cómo se llama?

—Antes quiero que me expliques de qué se trata.

—No es nada trascendental. ¿Me lo vas a decir o necesito ir a la Embajada?

—Está bien, muchacho, se llama Ward Crane.

—Dame su dirección.

—Puedes verlo en la Embajada, entre diez y doce.

—Quiero su domicilio particular y su número telefónico.

—Ya siento curiosidad por saber qué llevas entre manos.

—Sólo es una recomendación que quiero hacerle de un fulano que, supuestamente, está acusado de deslealtad hacia la bandera de Estados Unidos. —Reagan se asombró de su capacidad para mentir.

—Conque es eso, ¿eh? Vete al infierno —a continuación, Collier le dio la dirección y el número telefónico de Ward Crane.

—Gracias, Paul.

—Eh, muchacho, esta noche puedo reunir a los amigos para hacer esa gran partida de póquer.

—Lo siento, pero esta noche no puede ser. Te llamaré.

Dicho esto, Reagan colgó.

Clifton guardó el encendedor con el estuche en el bolsillo interior de la chaqueta. No tenía ningún arma porque en su profesión no la necesitaba, aunque ahora hubiese dado cualquier cosa por una buena pistola.

Primero tenía que asegurarse que Ward Crane estaba en su domicilio. Si no lo encontraba, le llamaría a la Embajada...

Marcó el número de Ward Crane, y, cuando descolgaron, oyó una voz de mujer.

—Por favor, quiero hablar con el señor Crane.

—¿Quién le llama?

—Soy Clifton Reagan, un escritor. Dígle al señor Crane que se trata de algo urgente.

—Lo siento, pero mi esposo no está.

—¿Se encuentra su marido en la Embajada, señora Crane?

—Tampoco. Me dijo que iba a asistir a una reunión, y que volvería dentro de media hora. Tenemos que ir a una recepción.

—Señora. Crane, voy a ir ahí.

—Perdone, pero mi marido no lo podrá recibir.

—Señora Crane, es muy importante. Si se pone en contacto con su esposo o si él llega ahí, dígle que no se mueva, que me espere.

Reagan dejó el teléfono en la horquilla y lanzó un resoplido.

Bien; ahora tenía que salir del hotel.

¿Y si esperaba en la *suite* a que Crane llegase a su domicilio? Sería una locura. En cualquier momento, el tío Remus o alguno de sus secuaces podrían aparecer, y estaba seguro de que no tratarían de quitarle el encendedor por las buenas. Utilizarían, para ello, sin duda, el cuchillo, el revólver o la bomba de mano.

Abrió poco a poco la puerta del apartamento y asomó la cabeza. El corredor parecía despejado.

Apretó el botón de llamada del ascensor y esperó.

La jaula llegó a la planta y se abrió la puerta.

Salió una señora con un pequinés.

Reagan estuvo a punto de aplastarlo.

La señora dio un grito, pero el perro guardó silencio.

—Disculpe —dijo Clifton.

—¿Es que no tiene ojos en la cara?...

Clifton se metió en el ascensor, forzando una sonrisa hacia la dueña del pequinés.

Fue a tropezar con un tipo.

—Disculpe —dijo Clifton, y al mirar la cara del sujeto dio un respingo. Había visto aquella cara en otra parte. ¿O era que se parecía a Richard Widmarck?

Apretó el brazo sobre el bolsillo donde guardaba el encendedor. El doble de Richard Widmarck le podía quitar los pantalones, pero no el encendedor.

Llegó abajo sin que hubiese ocurrido nada.

Salió del ascensor y miró el sillón donde había visto al hombre que se cubría la cara con el periódico. Seguía allí, y ahora pudo observar su rostro. Era mofletudo, de ojos como los de un reptil.

Sus miradas se encontraron, pero aquel tipo desvió en seguida los ojos hacia otra parte.

Cruzó rápidamente el vestíbulo y ganó la calle.

Hizo señal a un taxi y, una vez dentro, dio al conductor la dirección de Ward Crane.

El jefe de los Servicios de Seguridad de la Embajada americana vivía en una avenida bordeada por álamos. El edificio de apartamentos era muy moderno.

Reagan pagó la carrera e iba a entrar al edificio cuando vio a un hombre que conocía junto a un árbol cercano. Era Félix Labisse.

—Párese, señor Reagan.

Labisse tenía las manos en los bolsillos, y Clifton no dudó que empuñaría una pistola. Otra vez lo habían atrapado.

—¿Qué tal, señor Reagan? —inquirió Félix con su mejor sonrisa.

—Hablé con su patrón, de modo que ahórrese las historias.

—De modo que habló con el jefe...

—No me gustó que me engañase, Félix.

—Lo siento, pero era necesario.

—Todo lo que me dijo acerca de Mireille era falso.

—No se puede imaginar el número de historias a las que uno tiene que echar mano en esta profesión... Pero dejemos eso ahora. Ande, venga conmigo.

—¿Adonde?

—A ver al jefe.

Reagan miró por el rabillo del ojo el edificio de apartamentos

donde vivía Crane.

—Está bien, Félix, iré con usted.

—Así me gusta, señor Reagan, que sea usted comprensivo... Le diré algo en secreto. No me gusta echar mano a la violencia... Claro que, eso depende del cliente... Usted es de los buenos...

—Es un placer encontrarse con un alma gemela, ¿verdad, Félix?

—Seguro, señor Reagan.

Entonces Clifton le disparó el puño.

Lo cazó en la mandíbula, y Félix lanzó un grito, mientras rodaba por el suelo.

Reagan no esperó a ver el resultado del golpe. Echó a correr y entró como una exhalación en el edificio al que se dirigía.

El conserje galoneado salió de su recinto, gritando:

—Eh, usted, ¿dónde va?

Clifton no dijo dónde iba, ni tampoco se metió en el ascensor. Echó a correr escaleras arriba.

Por fortuna, Crane vivía en la tercera planta, apartamento 24-H.

Apretó el timbre respirando entrecortadamente, mirando la escalera.

Oyó pasos y la voz del conserje.

En aquel momento se abrió la puerta y vio en el hueco a una mujer de unos treinta años, pelirroja, de una gran belleza.

—¿Señora Crane?

—Sí, y usted debe ser el señor Reagan.

En aquel momento apareció el conserje, que también jadeaba.

—Eh, ¿usted quién es? ¿Por qué no se detuvo?

La señora Crane salió al corredor.

—Antoine, el señor es un amigo.

—Oh, perdón, señora Crane, pero como lo vi entrar tan aprisa y no se detuvo...

—No se preocupe.

—Desde luego, señora Crane.

La pelirroja invitó a Reagan a entrar en el apartamento.

—Gracias por su intervención, señora Crane.

—No tuvo importancia.

—¿Ya regresó su marido?

—Sí, se está vistiendo.

—Necesito hablar con él urgentemente.

—Lo siento, señor Reagan, pero ya le dije que eligió un mal momento. Nos esperan en una recepción.

—Le aseguro que lo que tengo que decir a su esposo es más importante que esa fiesta.

En aquel momento se abrió una puerta y apareció un hombre alto, en mangas de camisa, que trataba de ponerse la corbata de lazo.

—¿Me echas una mano, Sandra? —se interrumpió al ver un visitante.

—Ward, éste es el señor Reagan. Ya te dije que llamó en tu ausencia.

Ward Crane era rubio, de rostro varonil. Debía pesar los ochenta kilos, pero Clifton se dijo que en su cuerpo no habría cabida para una molécula de grasa.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor Reagan?

—Creo que mucho.

—Lo siento, pero tendrá que esperar.

—No puedo, y me temo que tampoco Estados Unidos pueden esperar.

—¿Estados Unidos?

—Eso dije.

—¿De qué se trata?

—Es una historia un poco larga, señor Crane.

—Muy bien, empiece a contar mientras mi mujer me hace el lazo. ¿De acuerdo?

—No hay inconveniente, señor Crane.

Ella se puso a hacer el lazo a su marido, y Clifton empezó a contar su historia.

Pronto los esposos se interesaron en las palabras de Reagan.

—Nena, ¿quieres preparar unos *whiskys*? Creo que todos los necesitamos. Continúe, señor Reagan.

Clifton hizo un relato completo con detalles, con nombres.

Sandra repartió los *whiskys*.

Cuando Clifton hubo terminado su historia, Crane sacudió la cabeza.

—Dos asesinatos, ¿eh? Espléndido. ¿Tiene ahí el encendedor?

—Sí.

—¿Me deja verlo?

—Desde luego.

Crane tomó el encendedor en sus manos, y lo observó atentamente.

—Se pueden hacer muchas cosas con un encendedor, señor Reagan. Hoy día ya está en desuso. Sin embargo, lo más vulgar sirve para esconder lo más importante. ¿Sabe que últimamente intentaron pasar un plano de la OTAN llevándolo enrollado en la mano?...

Se supone que los espías deben transportar sus secretos en los lugares más insospechados. El encendedor ha sido utilizado como pistola, como disparador de un estilete envenenado, como escupidor de una bomba de gas letal... y también como depósito de cosas importantes.

—¿Y para qué cree que fue utilizado ese encendedor? —preguntó Clifton.

—¿Pistola? —dijo Ward Crane, e hizo brotar la llama del encendedor—. No, en absoluto... ¿Estilete? —Oprimió el encendedor por todas sus partes—. Tampoco... ¿Gas letal?... Me temo que no.

—Sólo queda su última sugerencia. Depósito de cosas importantes.

—Eso es, señor Reagan. ¿Y dónde puede estar?... En cualquier parte. ¿Cuál de ellas elegiría usted, señor Reagan...?

—Quizá la carga de gas.

—Es probable.

Ward descompuso otra vez el encendedor. Tomó el depósito del gas. Con un movimiento de presión, dejó escapar el gas.

—Querida, ¿quieres sacar mi caja de instrumentos?... La número tres.

La señora Crane entró en una habitación, y al poco salió con una caja, que puso sobre la mesa.

Ward Crane abrió la caja. Había varios instrumentos. Tomó uno de ellos. Era una pequeña sierra eléctrica.

Enchufó el cordón en la pared, y se puso a trabajar en el depósito del gas del encendedor.

—Cuidado, señor Reagan, no se acerque demasiado —dijo—. No es corriente que ocurra nada porque ya hice escapar el gas. Pero

podría ser un arma mortífera, a pesar de que esa posibilidad la eliminamos. En el espionaje nunca se puede dar nada por seguro.

—Si fuese así, usted quedaría hecho pedazos antes que nadie. — Clifton miró a la pelirroja—. Perdón, señora Crane.

La señora estaba un poco pálida. Trató de sonreír.

—No se preocupe, señor Reagan. Mi marido lleva muchos años en el Servicio Secreto, y estoy acostumbrada a toda clase de sorpresas. Entre ellas, incluyo la de que algún día pueda enviudar.

El depósito de gas quedó cortado, y no sobrevino ninguna explosión.

Crane se quedó con la base inferior del depósito y lo volcó en su mano.

Sobre la palma cayó una pequeña cápsula.

—¿Qué es eso? —inquirió Clifton.

—Lo sabremos en seguida.

Crane se ayudó ahora con un pequeño punzón para abrir la tapa de la cápsula. Luego utilizó unas pinzas, también muy pequeñas.

Se puso en el ojo derecho una lente de aumento, y miró lo que estaba atrapado por la pinza.

—Ya puedo contestar a su pregunta, señor Reagan —dijo—. Es un microfilm. Y también vamos a saber lo que se fotografió. Pasemos a la sala de proyección.

Sandra abrió camino.

La sala de proyección a que Ward se refería era muy pequeña. Sobre una mesa había un proyector.

—Es un aparato especial —dijo Crane, mientras manipulaba—. Con él se pueden proyectar toda clase de microfilms, por pequeños que sean.

Se hizo la oscuridad, y sobre la pequeña pantalla apareció un foco de luz. No había nada. El microfilm ya se estaba deslizando.

Ward Crane chascó la lengua.

—Me temo que nos tomaron el pelo. Tampoco es la primera vez que ocurre en el negocio del espionaje. Se vende un microfilm a precio de oro, y luego la película está en blanco. Lo más gracioso del caso es que mueren varias personas porque la estratagema da resultado.

—Vaya —repuso Clifton—, creo que para ser mi primer trabajo como espía me he lucido. Eh, ¿qué es eso?...

En la pantalla, habían aparecido tres rayas negras, y unos segundos después se vieron unos extraños signos que a Clifton le hicieron recordar un jeroglífico egipcio.

—¿Puede descifrarlo, señor Crane?

—Sólo la primera línea. Pero sé lo que es.

—¿Qué cosa, señor Crane?...

—Usted ha conseguido algo sensacional, señor Reagan —exclamó Ward Crane con entusiasmo—. Este microfilm contiene los nombres de una red de espionaje. Sí, señor Reagan, la más peligrosa red de espías contra Estados Unidos... Es lo que dice la primera línea.

—¿Y las otras?...

—No puedo descifrarlo, pero nuestro Servicio Criptográfico se encargará de eso.

Terminó de proyectarse el microfilm, y Ward Crane iluminó la estancia.

Se acercó a un teléfono, y marcó un número.

—Es necesario que lo sepa el embajador.

Esperó unos segundos hasta que se estableció la comunicación.

—¿Señor embajador?... Ward Crane al habla... Excelencia, tengo buenas noticias para usted... Acaba de llegar a mis manos un microfilm que contiene los nombres de la red de espionaje HRK-29... Muchas gracias. Excelencia, pero no ha sido un trabajo personal... Se trata de un compatriota nuestro, Clifton Reagan... Sí, señor embajador, entregaré inmediatamente el microfilm al Servicio Criptográfico... Espero los resultados esta misma noche... Le informaré inmediatamente... ¿No importa que sean las cuatro de la madrugada?... Desde luego, señor embajador... Muy agradecido, Excelencia... Le diré que usted le recibirá mañana... Buenas noches.

Colgó el receptor y alzó los ojos, sonriendo a Clifton.

—Señor Reagan, Su Excelencia, el embajador, me ha encargado le transmita las gracias, en nombre de Estados Unidos.

—Bueno, yo he hecho muy poco —respondió Clifton, algo embarazado.

—Su Excelencia le recibirá mañana a las diez.

—Si es que vivo para esa hora...

—Claro que vivirá. No se preocupe, yo me encargo de eso...

—Ya entiendo. Me va a meter en una celda.

—No, señor Reagan, no hace falta. Usted ya ha dejado de ser una presa para las personas que luchan contra nosotros. Mireille, Félix y los demás... Por regla general, un espía no mata sin justificación. Quiero decir que ahora ellos saben que usted me ha entregado el encendedor y, por tanto, usted ha dejado de ser una pieza cuya captura les interesa. Pero, de todas formas, voy a ponerle un par de hombres para que lo vigilen.

—Eh, nunca me ha gustado llevar niñera...

—No se preocupe, usted ni se dará cuenta.

—¿Son invisibles? —preguntó Clifton.

—Dentro de nuestra profesión, nuestros centinelas llegan a ser casi invisibles.

Ward Crane marcó otro número.

—¿Inspector Lañe?... Sí, soy Crane... Quiero que en unos minutos me mande un par de hombres. Han de vigilar a nuestro compatriota Clifton Reagan... No creo que al señor Reagan le pase nada, pero quiero estar seguro... Se hospeda en el hotel Odeón, y su descripción es la siguiente: unos treinta y cinco años...

—Treinta y tres —le corrigió Clifton.

—Quise decir treinta y tres años. Moreno, alto, cabellos negros, nariz recta, unos setenta y cinco kilos de peso... Quiero que lo sigan cuando salga de mi apartamento, pero que lo hagan discretamente... Eso es todo, inspector Lañe... Avise al teniente Bulner, del Servicio Criptográfico. Que reúna a todos sus hombres... Han de estar en el Departamento en sesenta minutos... Si hubo licencias, que las cancele... No hay excepciones, inspector Lañe... Correcto, hasta luego...

Crane volvió a dejar el receptor en la horquilla.

—Todo listo, señor Reagan...

La señora Crane dio un suspiro.

—Entonces no vamos a ninguna parte, ¿eh, Ward?

—No, querida, me he de ocupar de esto. Ahora es lo más importante.

—Entonces, será mejor que me cambie.

La señora salió de la habitación.

—Señor Crane —dijo Clifton—, imagino que, gracias al microfilm, echarán mano a los componentes de esa red de espionaje.

—Desde luego, puede estar seguro.

—Y también prenderán a esa mujer que conocí, a Mireille.

Crane sonrió.

—¿Se interesa por ella?...

—Bueno, no mucho. Pero es increpóle que una mujer como ella esté metida en negocios tan sucios.

—Perdone, señor Reagan. Mireille es muy peligrosa.

—¿La conoce?...

—Mucho, señor Reagan. Su verdadero nombre es Nicole Versini. Hija de padre italiano y madre francesa... Domina tres idiomas a la perfección. Inglés, francés e italiano... Nuestros Servicios de Contraespionaje conocen bien a la señorita Versini... Es la causante de la muerte de no menos de cinco de nuestros agentes. Sí, señor Reagan, me temo que ha llegado el momento de que la joven que usted conoció como Mireille empiece a pagar la cuenta que contrajo con nosotros.

—Entiendo...

—Ella tiene un amante. Es su jefe inmediato, un tipo crapuloso, de unos cincuenta años, un hombre sin honor, que no conoce el valor de la palabra honestidad... Actúa al servicio de cualquier país que esté dispuesto a darle una buena bolsa... Sí, señor Reagan, ése es el profesor de la señorita Versini.

—¿Cuál es su nombre?

—Ha utilizado muchos. Eso es corriente, como ya le digo. Últimamente usa el de Frank Charles... Corrompe todo lo que toca, y es el culpable de que la señorita Versini se haya convertido en lo que es.

—Será mejor que me vaya.

—¿No quiere que continúe hablando de esa joven, de Mireille?...

—Ya dijo bastante.

—Lo veo decepcionado.

—Son imaginaciones suyas.

—Está bien, entonces lo celebro.

Crane acompañó a Clifton hasta el vestíbulo.

—Despídame de la señora Crane.

—Desde luego... Pasaré por su hotel mañana para ir con usted a la Embajada. A las nueve y media.

—Estaré preparado, señor Crane.

Se estrecharon la mano, y Clifton salió del apartamento.

El conserje se le quedó mirando, al verlo cruzar.

Al llegar a la puerta de la calle, se detuvo, y observó la avenida. No vio a Félix por ninguna parte.

Algunos peatones circulaban por las aceras y, más arriba, en una tienda, descubrió otras personas ante un escaparate. Tal vez se encontrasen entre ellas los dos hombres que Crane había destinado a su vigilancia.

Bueno, no debía preocuparse. Eran como invisibles, tipos que conocían su oficio. El propio Crane se lo había dicho.

Desistió de tomar un taxi. Necesitaba respirar un poco de aire.

No, Félix no estaba por ninguna parte. Crane sabía lo que se decía. Había dejado de ser una presa para la red de espías que comandaba un tipo que respondía al nombre de Frank Charles y que era el amante de Mireille.

Recordó a la joven. Era una gran embustera, Pero ¿no era eso lógico, teniendo en cuenta la clase de mujer que había resultado ser?

Pasaba junto a una esquina cuando oyó que lo siseaban por la derecha.

Volvió la cabeza hacia aquel lugar.

Los grandes ojos de Mireille estaban fijos en su rostro.

—Acérquese, señor Reagan... —dijo ella.

CAPÍTULO V

Clifton seguía inmóvil.

—No se quede ahí... Venga —dijo Mireille.

Clifton dobló la esquina y se acercó a la joven.

—¿Dónde tiene el encendedor, señor Reagan?

—¿Le interesa?

—No podemos perder tiempo.

—Me temo que todo terminó para usted, Mireille, ¿o debo decir Nicole?...

—¿Ya sabe mi nombre?...

—Sí. Y también estoy enterado de muchas cosas respecto a usted...

—Ya me las dirá en otra ocasión. Ahora lo que importa es el encendedor... ¿No lo tiene usted?...

—No.

—¿A quién se lo dio, señor Reagan?

—Al hombre que va a acabar con ustedes. Dijo algo referente a usted concretamente, Nicole. Se refirió a que por fin pagará la deuda que tiene contraída con ellos.

—¿Eso dijo?...

Clifton pensó que estaba haciendo mal. ¿Por qué ponía sobre aviso a Nicole?... ¿Por qué no la dejaba correr su suerte?... ¿No le había dicho Crane que ella era responsable de cinco muertes?

—Señor Reagan, está en peligro.

—Vaya, qué sorpresa...

—Se lo aseguro.

—Dígale al viejo crapuloso que ya no tengo el encendedor, de modo que pueden dejarme en paz...

—Señor Reagan, le voy a dar una dirección. No se lo diga a nadie. Pero hemos de separarnos ahora... —Qué maravilloso.

—No lo tome a broma... Estoy segura de que nos vigilan.

—Sí, seguro. Son los dos hombres que han de cuidar de mí. Dígaselo también al viejo.

—Le he dejado la dirección en el bolsillo.

Clifton se asombró porque no había notado nada. Pero recordó la forma en que le había quitado el encendedor del batín.

—Si logra huir, espero que podrá ganarse la vida quitándole la cartera al prójimo, Nicole.

—Señor Reagan, le estaré esperando... Ahora he de marcharme antes de que me atrapen...

—Muy buena idea.

—Confíe en mí...

—Oh, sí, claro, no faltaba más —contestó Clifton con ironía—. ¿Qué haría yo en el mundo sin usted?...

—Trate de salvar la piel. Es lo más importante. Ponga sus cinco sentidos en ello.

La joven dio media vuelta, y se alejó rápidamente.

Clifton la vio perderse en la oscuridad.

Tuvo la intención de echar a correr tras ella, pero, después de todo, la muchacha no se le podía escapar al jefe de los Servicios de Seguridad de la Embajada de Estados Unidos.

Ward Crane tomaría las medidas necesarias para capturar a los elementos que componían la red de espionaje.

Se sentía satisfecho de sí mismo. Había cumplido con su deber de ciudadano, y realmente, el embajador y Crane debían estarle muy agradecidos por no haber entregado el encendedor al asesino de Hubert Freville.

¿Cuál era la posición de Orson Vernon en aquel asunto?... Eso le hizo recordar que no había preguntado a Crane nada acerca de aquél. Bueno, eso era lógico teniendo en cuenta el número de sorpresas que había recibido desde su salida de Nueva York.

Al día siguiente vería de nuevo a Crane para visitar al embajador, y entonces habría llegado el momento de despejar todas las incógnitas. Ahora lo que necesitaba era un poco de diversión.

Iría a Montmartre, a una de aquellas cuevas, en donde, sin lugar a dudas, encontraría a una simpática chica con la que podría pasar unas alegres horas.

Cruzó la calle.

En aquel momento, un motor rugió a su espalda.

Se volvió hacia aquel lado.

Unos faros lo deslumbraron.

El coche avanzaba sobre él a una velocidad creciente.

Clifton se dejó caer en el suelo y rodó.

Sintió que el auto rozaba su cuerpo, que le escupía el aliento como un feroz dragón que tratase de engullirlo.

Finalmente, terminó de rodar y quedó de bruces, mirando el auto que se alejaba, cada vez con mayor rapidez.

Un hombre acudió a su lado.

—¿Se encuentra bien?

—Sí.

El desconocido le ayudó a levantarse.

—Oí risas en ese auto... Van borrachos... Usted ha tenido suerte, es como si acabase de nacer... A un primo mío lo mataron hace cosa de seis meses, y nunca se supo quién lo hizo... No sé a dónde vamos a ir a parar... La culpa la tiene el Gobierno...

—Es posible...

—¿Quiere un trago?... Ande, le invito.

—No, gracias...

—Sólo lo decía porque se le pasase el susto.

—Ya me encuentro bien.

—Bueno, más vale así.

Clifton sonrió al desconocido, y siguió andando por la escalera.

En su mente se agolpaban las ideas.

¿Había sido un accidente casual?

«Ya oíste a ese francés, Clifton. A un primo suyo también le ocurrió. Y basta que leas el periódico de cualquier ciudad populosa para saber que la gente no se preocupa mucho, cuando se pone ante el volante... ¿Cuántas personas conducen en estado de ebriedad?... Seguro que en París se puede contar por docenas, quizá por centenares...».

No, él había dejado de ser una presa para la red de espionaje, descubierta gracias al microfilm que estaba en el encendedor. Él se había vuelto a convertir en un ciudadano sin importancia, en un hombre cualquiera, en Clifton Reagan, guionista de la televisión.

Pero ¿y las palabras de Mireille?... ¿No le había advertido ella que estuviese alerta, con los cinco sentidos?...

«Sí, Clifton. Ella te lo advirtió. Te van a matar».

Oyó una risa, y se dio cuenta de que era él quién se reía.

No podía tener en cuenta las palabras de una mujer que se había corrompido con aquel tipejo que se hacía llamar Frank Charles.

Se detuvo, recordando a los dos hombres que Crane había destinado a su vigilancia.

Miró atrás y vio a algunas personas. Quizá ellos no habían dado importancia al asunto.

Al infierno con todo.

Continuó su camino hacia Montmartre.

Encendió un cigarrillo y lo fumó a largas chupadas.

¿No le había dejado ella su dirección en el bolsillo?

La tomó. Era un simple papel. A la luz de un farol pudo leer: Calle Brehier, 24, puerta 7.

¿Era una nueva trampa de Mireille, o mejor dicho de Nicole Versini? ¿Cuántas veces le había mentido?... Todo lo que ella pronunciaba por su boca eran falsedades. Le había dado aquella dirección para que picase una vez más el anzuelo.

Si él acudía a la calle Brehier, 24, lo atraparían para hacerle cantar el secreto del microfilm.

Sí, eso era. Quizá el viejo pensaba que él, Clifton, había recibido información del microfilm, de Ward Crane.

Pero ahora, Nicole Versini y Frank Charles demostraban ser unos ingenuos. No, esta vez no mordería el cebo. Claro que no.

Estaba cerca de Montmartre.

Se internó por una callejuela.

Cuando se hallaba por la mitad, descubrió un resplandor.

Giró la cabeza y vio los faros de un coche.

Movió las piernas aprisa, cada vez más rápido. Miró otra vez el auto. Avanzaba, raudo.

Ya no tuvo duda. Era el mismo coche de antes.

«Te van a matar, Clifton. Es lo que van a hacer contigo... Sigues siendo una presa. Quizá quieran liquidarte por vengarse, puesto que tú ya no tienes el encendedor que ellos quieren. O quizá Mireille no creyó en tus palabras, y piensan que lo conservas en tu poder».

Corrió como nunca lo había hecho en su vida.

Ya estaba llegando a la esquina, pero sentía el rugido del auto muy cerca de él.

Otra vez se arrojó al aire y rodó por el suelo.

Entonces oyó un tableteo.

Le estaban disparando con metralleta.

Las balas chocaron contra el pavimento, rebotaron.

El coche se desvió hacia el otro lado, y volvió a perderse a lo lejos.

Clifton quedó sentado en el suelo, apoyaba la espalda en la pared. Estaba entero, ninguna bala lo había herido, aunque tenía algunos rasguños en la cara y en las manos. Era lo menos que podía ocurrir.

Sacó otra vez el papel donde Mireille había escrito su dirección, y sintió que el cerebro se le nublaba.

Era ella, Mireille o Nicole la causante de todo aquello.

Deseó atraparla por el cuello. Bueno, ¿por qué no iba...?

Un taxi pasaba por la esquina, y le hizo señal para que se detuviese.

—Calle Brehier, veinticuatro.

Tal como se imaginaba, era un lugar poco recomendable.

En los vanos de las casas vio a mujeres pintarrajeadas, con faldas estrechas. No hacía falta ser un lince para saber que estaban allí a la espera de un cliente.

En la puerta del 24 no había nadie.

Tras despedir el taxi, subió por una escalera pobremente iluminada.

Llegó a la segunda planta. Allí había cuatro puertas. Se detuvo sobre la que figuraba el número 7, y golpeó, suavemente con los nudillos.

—¿Quién es? —preguntó una voz varonil.

—Clifton Reagan.

Oyó despasar el cerrojo y la puerta se abrió.

La habitación estaba a oscuras, y el joven saltó al interior.

Un hombre se dejó caer sobre él en la oscuridad.

Clifton lo golpeó en el estómago.

Estaba harto de todo. De los espías, de los intentos de asesinato...

Golpeó con furia salvaje al desconocido, arrojándolo contra el suelo. Luego, dio vuelta al conmutador de la luz.

Vio tendido sobre una raída alfombra a Félix Labisse. Estaba sin sentido. Pero a sus pies había un cuchillo de carnicero.

Clifton tomó éste por el mango, y cerró la puerta.

El apartamento se componía de dos habitaciones, un cuarto de aseo y una pequeña cocina. No encontró a otra persona.

Claro, Nicole había advertido a Labisse de que él iría allí, y éste le había preparado la bienvenida.

De pronto oyó pasos en la escalera.

Se fue hacia la puerta y apagó la luz.

Los pasos se acercaban a la puerta.

Dieron tres golpes.

Clifton puso la mano en el tirador, y lo hizo girar con suavidad.

Abrió y la persona que había a la otra parte entró. Supo que era Nicole.

Fue fácil pasarle el brazo por detrás y atraerla contra sí.

La joven dejó escapar un grito ahogado.

Clifton cerró la puerta con el brazo armado y puso el cuchillo en la garganta de la muchacha. Le habló al oído:

—Le ahorraré trabajo al verdugo... Sí, nena, esto es lo que te ganaste desde que te conocí... Un tajo y habrás dejado de asesinar.

—Señor Reagan... No lo haga... Déjeme que le explique...

—Oh, sí, claro. También tienes una explicación para esto, como siempre.

—Le tendieron una trampa...

—Ya lo sé. Tú eras el cebo. Félix, el pescador; y yo, la pieza que los dos teníais que cobrar.

—No, señor Reagan...

Clifton volvió a dar la vuelta al conmutador de la luz, pero en seguida puso de nuevo el cuchillo en la garganta de Nicole.

Quería estar atento, por si Félix recuperaba el conocimiento.

—Mira a tu cómplice, Nicole... No te puede ayudar... La carrera de los dos va a terminar muy pronto, en cuestión de minutos...

Los ojos femeninos eran más grandes que nunca.

—Señor Reagan, ¿qué es lo que está pensando?...

—¿Qué imaginas tú?...

—Ha caído en manos de unos traidores a su país...

—Oh, sí, claro... Y tú eres Blancanieves, y ese que está ahí es Papá Noel.

—Señor Reagan, déjeme que le cuente toda la verdad.

—¿Cuál es esta vez la verdad, ricura?... Empezaste por decir que

eras la señora Dupont, que tu marido te estaba esperando en la *suite* 67 del hotel Odeón... Sufrías una enfermedad muy original: cleptomanía... Pobre muchacha que robaba a su hermanito Jack los regalos de cumpleaños...

—No tuve más remedio que decir aquello.

—Claro, no tuviste más remedio, pero luego apareció tu cómplice Félix, y ya no eras la señora Dupont... Te transformaste en su adorable hermanita, unos pobres huerfanitos que fueron a vivir con el tío Maurice, en un lugar donde sólo podía recibir malos ejemplos. Y la pequeña Mireille se convirtió en una ladronzuela, pero su hermanito era un hombre honrado, y quiso ganarse el pan con el sudor de su frente... Menudo par de sinvergüenzas estáis hechos...

—Señor Reagan, tranquilícese. Ese cuchillo está demasiado cerca de mi piel.

—Todavía no está donde debe estar. Dentro de tu carne.

—¡No, señor Reagan!... ¡No se convierta en un asesino!

—Querida, matándote a ti y a Félix no me convertiré en un asesino. Seré un fiel servidor de la justicia.

—¿Quién le ha metido esas ideas en la cabeza?

—Las tengo yo, y basta.

—No puede ser. No se le ocurrieron a usted. Sólo existe una persona que le haya podido confundir de esa forma. Ward Crane.

—Ahora te pasas de lista. Sabes perfectamente que fui a visitar a Ward Crane. Me encontré a Félix.

—Se metió en la boca del lobo, sin darse cuenta, señor Reagan.

—De modo que ahora resulta que Ward Crane es un lobo.

—Y también un zorro y un pulpo con den tentáculos...

—Reconozco que eres una chica con mucho ingenio.

Clifton notó entonces que Félix estaba volviendo en sí, y empujó a la joven hacia la pared.

—Quédate quieta, si no quieres que acabe contigo.

Clifton se agachó sobre Félix, y le metió la mano bajo la axila. Como había imaginado, éste tenía allí una pistola.

Era estupendo aquello de manejar con una mano una pistola y con la otra un cuchillo.

—¿Dónde estoy? —dijo Félix—. ¿Qué ha pasado?...

—Anda, hermanito —rió Clifton—. Levántate, y echa una mano

a tu hermanita, si es que puedes.

—Eh, señor Reagan. ¿Qué le pasa?... ¿Por qué está tan armado?

—Para defenderme de los granujas.

—¿Quiénes son los granujas?...

—Vaya, a Félix se le ha ocurrido una bonita diversión. Podríamos llamarle el de la preguntas indiscretas... Te seguiré el juego. Entre nosotros tres, ¿quiénes pueden ser los granujas?...

—¿Quieres que le conteste con sinceridad?...

—Haz un esfuerzo.

—Ninguno de los tres somos granujas.

—El señor acaba de ganar una cuchillada en el quinto espacio intercostal que sustituye a una bala.

—Está de broma, señor Reagan —sonrió Félix.

—Algo más que eso. Vine aquí de merienda, aunque es un poco tarde para ello.

La atractiva Nicole cruzó los brazos y dijo, furiosa:

—¿Por qué no deja de hacer el «Superman», señor Reagan?

—No puedo. Tengo un par de trabajos pendientes. Desde aquí volaré al Congo para terminar la guerra civil. Pero creo que tendré bastante con diez minutos... Luego he de solucionar un par de asuntillos en la India y en China. Pero eso es poca cosa, y con setenta y tres segundos tendré bastante.

—Ahora está haciendo el payaso. Sería mejor que hablásemos desde un punto de vista constructivo.

—Caramba, esa frase te salió bien, pequeña... ¿Y qué es lo que debemos construir?

—La verdad.

—¿Sabes tú lo que es la verdad?

—Le engañaron, Clifton, y eso fue cosa de ese miserable de Ward Crane, el hombre más peligroso con que hoy día se pueda enfrentar su país.

—Oh, sí, claro. Ward Crane, jefe de los Servicios de Seguridad de la Embajada norteamericana en París, no es en realidad Ward Crane, sino el enemigo público número uno. Su nombre está en todas las comisarías policíacas de mi patria.

—Debería estar.

—Y nuestro presidente es, en realidad, el monstruo de Frankenstein, sólo que esta vez le hicieron una fachada distinta.

—Cuando usted quiera, terminaremos con las bromas y hablaremos en serio.

Félix dio un manotazo en el aire.

—No te esfuerces, Nicole... Yo sé lo que le pasa.

—¿Qué me pasa? —preguntó Clifton.

—Le hicieron un lavado de cerebro.

Clifton sintió que las tripas se le anudaban. Aquel Félix resultaba un cínico de primera categoría.

—De modo que eso hicieron conmigo, ¿verdad, hermanito?... Ward Crane me pilló por su cuenta y me inyectó una droga.

—Seguro que hizo eso.

Nicole negó con la cabeza:

—No, Félix. Ward Crane no necesitó inyectarle ninguna droga. Le bastó con su palabrería para engañarle. Le debió resultar muy fácil. Al fin y al cabo, Ward Crane es el jefe de los Servicios de Seguridad de la Embajada de Estados Unidos en París. Y por añadidura, tiene una bella y hermosa mujer... Apuesto a que el señor Reagan no ha sido insensible a los encantos de la seductora Sandra.

Clifton oyó su voz interior:

«Otra vez te la van a pegar, muchacho. Forman una pareja irresistible. En lugar de ganarse la vida como espías, podrían hacerlo sobre un escenario. Cuidado, Clifton, ya te sientes débil, vacilas... Estás empezando a creerlos, no lo niegues... Sólo eres un guionista de la televisión. Y llegaste a Francia por motivo de tu trabajo. Recuérdalo, te ibas a ocupar de los amores de Napoleón. Pero en lugar de recordar lo que fueron Josefina, María Teresa y María Walewska, te has encontrado con una nueva Mesalina u otra Cleopatra... Ahí la tienes, es ella, Nicole, la que está influyendo en tu ánimo... La muchacha es hermosa, ¿verdad que lo es?... Te sientes atraído por ella como por el más poderoso imán».

—No les sirve de nada, muchachos. —Clifton se acercó a un teléfono que había descubierto en el fondo de la estancia.

—¿Qué va a hacer, Clifton? —preguntó la joven.

—Llamar a Ward Crane.

—¡No puede hacer eso!... ¡Nos entregará a nuestro peor enemigo!

—Eso ya lo sé.

—Ward Granees el más infame de sus compatriotas, Clifton. Le aseguro que es el jefe de una red de espionaje que está traicionando a su país... Se ha valido del cargo que ocupa para tener acceso a los más altos secretos... Ya puede estar seguro de que los enemigos de Estados Unidos conocen perfectamente hasta los menores diálogos del presidente con sus más allegados colaboradores...

—Cuéntame ahora una del Ku-Klux-Klan.

—Le estoy contando una sobre el Gobierno de su país, que es lo que más le debe importar. No estoy hablando en broma, señor Reagan.

Clifton descolgó el auricular.

—Señor Reagan —dijo la joven—, si hace usted eso, habrá perdido la última oportunidad de prestar un gran servicio a su país.

—Pero ¿cómo esperas que te crea?

—Muy bien, que se lo diga Félix.

—¿Es un chiste? ¡Sois los dos embusteros más grandes que me he encontrado en mi vida!

—¡Le repito que Ward Crane es el mayor miserable del mundo!

—Da la casualidad que él dice lo mismo de vosotros.

—Tiene que creerme a mí, señor Reagan: Le dije que su vida peligraba y observo que fue herido en la cara y en las manos. ¡Seguro que intentaron matarlo!

—Sí, y ocurrió dos veces.

—¿Lo ve usted?

—¿Dónde aprendiste a ser tan cínica?... No sé por qué lo pregunto. Fue ese viejo crapuloso que es tu amante.

—¿Qué dice?

—Estoy hablando de tu jefe, el hombre que has jurado defender por encima de todo, el que te corrompió.

La joven agrandó los ojos.

—No le entiendo una sola palabra.

En aquel momento se abrió la puerta, y entró en el apartamento un hombre de cincuenta años. No mostraba en su mano ningún arma. Miró tranquilamente a Clinton y dijo:

—Se refiere a mí, Nicole.

CAPÍTULO VI

Reagan apuntó con la pistola al recién llegado.

—De modo que usted es el viejo crapuloso...

—¿Quién me llamó así?

—Un amigo suyo.

—Ya sé, Ward Grane.

—Sí, señor Charles. Lo acertó.

—Y supongo que él tiene ahora el encendedor bueno.

—Puede estar seguro de ello.

—Usted mismo lo entregó, ¿verdad, Reagan?... Y lo hizo por su propia voluntad...

—Oiga, señor Charles. Admito que es usted muy astuto. Trata de distraerme. Oyó desde la otra parte de la puerta que había atrapado a sus dos esbirros, y decidió entrar para salvarlos.

Frank Charles se apretó el puente de la nariz.

—Oiga, Reagan, si no fuese usted una persona inteligente, le habría disparado desde el corredor. Le aseguro que soy un hombre con mucha puntería, y que puedo acertar un blanco, sin verlo. Su voz me bastaba para saber dónde encontrarlo.

—Además de sus otros defectos, también es un fanfarrón.

—Imagino que esos defectos a que se refiere también fueron cuenta del señor Crane... Señor Reagan, ha sido usted una víctima del flamante jefe de los Servicios de Seguridad de la Embajada de Estados Unidos.

—No repita lo que dijeron sus empleados, señor Charles. Ellos lo llamaron infame, traidor y otras lindezas por el estilo...

—Sí, admito que basta con la palabra traidor para definir a Crane, aunque, desde luego, es muchas otras cosas. Y ahora, deje ese teléfono tranquilo y procure prestar atención a lo que le voy a decir.

—Le escucharé cuando haya hablado con Crane.

—Señor Reagan, si usted habla con Crane, vamos a morir todos. Usted y nosotros. Crane daría muchos miles de dólares por saber que nos encontramos en este momento reunidos en este lugar. Sería muy bueno para él porque, en unos minutos, nos mandaría media docena de asesinos, con el único objeto de exterminarnos.

Clifton titubeó nuevamente.

¿Dónde se había metido desde que llegó a París? Tenía la impresión de que se encontraba en un hospital de enfermos mentales. Todos estaban chiflados, desde Ward Crane hasta Frank Charles, pasando por Nicole y Félix...

—Señor Reagan —continuó Charles—. Usted ha estado hablando con Crane, y él ha tenido oportunidad para llenarle la cabeza de todo lo que quiso. Naturalmente, aprovechó su tiempo para acusarnos a nosotros —diablo, delante de mí, al embajador. Ande, dígame ahora que también el embajador está traicionando a mi país.

—Al decir que habló con el embajador, imagino que se refiere a que Crane habló por teléfono.

—Sí.

—Puede estar seguro de que no era cierto. A la otra parte se encontraba uno de sus asesinos. Crane le estaba dando cuenta, sin que usted se apercibiese, de que debía asesinar a un hombre llamado Clifton Reagan.

El joven se humedeció los labios con la lengua. ¿No tenía aquello sentido?... ¿Qué seguridad tenía de que Ward Crane había hablado realmente con el embajador americano? ¿No fue el propio Crane quien le dijo que debía sentirse seguro?... ¿No se refirió a que le pondría dos hombres para que le guardasen de cualquier peligro? ¿Qué hacían aquellos dos hombres, cuando por dos veces intentaron matarlo?...

Frank Charles le apuntó con el dedo.

—Se va convenciendo de que le estoy diciendo la verdad, señor Reagan.

—Maldita sea, ¿qué clase de lío es éste?...

Nicole intervino:

—Quería explicárselo, pero usted no nos ha dejado.

—Perdona, Nicole —dijo Charles—, pero seré yo quien lo haga.

—Empiece, pero procure ser convincente —dijo Reagan, dejando

el receptor en la horquilla.

—No se trata de que yo sea convincente, sino de que usted posea el suficiente sentido común para creerme.

—Usted es como esos comerciantes que pregonan la calidad de sus mercancías antes de que llegue el consumidor.

—Empezaremos por el principio.

—Magnífico.

—El Gobierno de Estados Unidos se dio cuenta hace tiempo de que cierta clase de medidas adoptadas en secreto, eran casi inmediatamente conocidas por sus enemigos. Se llegó a la conclusión de que eso era posible porque existía una red de espionaje, como no se había conocido otra con anterioridad. Se llegó a sospechar incluso de personas muy allegadas al presidente. El jefe del FBI en persona fue encargado del asunto, pero todos sus esfuerzos fueron inútiles. Empleó en el trabajo a los mejores hombres con los que contaba, pero el balance fue muy malo. Al cabo de tres meses, cuatro hombres habían encontrado la muerte en distintas partes del mundo.

Charles hizo una pausa.

—Fue entonces cuando yo entré en juego.

—No me diga que es usted del FBI.

—Estaba retirado, criando champiñones. Soy un especialista, ¿sabe?... El Viejo vino a verme, y me dijo cómo estaban las cosas. Mi primera intención fue mandarlo al diablo, pero me di cuenta de que la situación era realmente desesperada. El presidente le había enviado un ultimátum. No puedo citarle las palabras del primer magistrado de la nación, pero eran fuertes.

—Y entonces usted dejó sus champiñones.

—Sí, pensé que era mucho más importante el descubrimiento de la red de espionaje que el champiñón de Bohemia-Moravia que pensaba injertar con el champiñón negro de Palestina. Le aseguro que estoy realmente apasionado por saber qué va a salir de tal combinación...

—¿Quiere dejar de una vez los champiñones?

—Puse como condición al Viejo que haría las cosas a mi manera, y él me dio carta blanca. Organicé mi propio servicio. No quería gente del FBI, porque empleé mi lógica. Si la red de espías era tan poderosa, tendrían que conocer a las personas que estaban tras sus

pasos.

—Vaya, ahí se apuntó usted un tanto.

—¿Quiere decir que empieza a creermelo? —sonrió Charles.

—Olvidelo y continúe.

—Entre las personas que elegí para el servicio se encontraba su amigo Orson Vernon.

—¿Por qué Orson?... Reunía las peores condiciones que puede poseer un espía.

—Sí, señor Reagan, y por eso mismo podía ser espía mejor que cualquier otro, y no me felicite por mi lógica porque su amigo Orson me falló.

—¿En qué parte...?

—En la más decisiva. Orson consiguió, no sabemos cómo, los nombres de los que integraban la poderosa red. Hay que imaginarse que logró introducirse en ella. Pero ¿qué es lo que hizo cuando tuvo en sus manos lo que nosotros deseábamos?...

—Quiso hacer el negocio por su cuenta.

—Sí, señor Reagan, celebro que lo haya dicho; pero usted conocía a Orson y sabe que, para él, lo más importante era el dinero. —Frank Charles dio un suspiro—. Y ya tenemos al bueno de Vernon dispuesto a realizar su chantaje. En lugar de ofrecernos a nosotros su descubrimiento, trató de vender su secreto a los espías... Naturalmente, yo estaba dispuesto a impedirlo. Pero Orson nos pilló la delantera, y antes de que pudiésemos meterle mano, tuvo la buena idea de encargarle a usted el transporte de su famosa mercancía.

—Y entonces ustedes mataron a Orson.

—No, señor Reagan. Yo llegué demasiado tarde a su apartamento. Ya estaba muerto. Cabe deducir que lo mataron ellos, los espías. Indudablemente, trataron de hacerlo cantar, y hay que suponer que quizá lo consiguieron. Sea como fuere, lo cierto es que para ellos y para nosotros, usted se convirtió en el elemento más importante de todo el asunto.

—¿Cómo supo usted que él había conseguido los nombres de los espías?...

—Orson me había estado informando, y me dio dos o tres nombres, pero yo quería el del jefe, y él me dijo que no tardaría en encontrarlo. Se iba demorando de día en día. He aprendido a

conocer a las personas, y me di cuenta de que trataba de ganar tiempo, lo cual quería decir que se estaba convirtiendo en un chantajista. Ordené que se le vigilase discretamente y, de esa forma, supimos su encargo de los dos encendedores. En un principio no le dimos importancia, especialmente porque localizamos a quién correspondían las iniciales grabadas en uno de ellos, a un guionista de la TV., llamado Clifton Reagan, aunque desconocíamos a quién correspondían las otras. Usted fue vigilado, señor Reagan, y se le abrió su correspondiente ficha. Nos enteramos de todo lo concerniente a usted. Fue rechazado como posible espía, pero seguimos sin dar con el nombre correspondiente a H. F. El hombre encargado de la investigación concluyó por su cuenta que Orson sólo había pretendido regalar dos encendedores a otros tantos amigos. Cuando encontramos a Orson muerto, buscamos el otro encendedor, el H. F., pero no estaba por ninguna parte. Usted ya se disponía a volar hacia Europa, y justamente uno de mis empleados en París, Nicole Versini, me anunció la existencia de un hombre que había sido amigo de Orson Vernon, Hubert Freville, dueño de un almacén de antigüedades. De repente, surgía el H. F. En fin, lo demás lo puede imaginar. Desde entonces mis eficientes colaboradores Nicole y Félix se impusieron el trabajo de adueñarse del famoso encendedor. Pero se encontraron con un obstáculo, usted, que ha demostrado ser un fiel depositario.

—¿Cómo demuestra que es verdad todo lo que dice?

—Me temo que me tendrá que creer bajo palabra.

—¿Su palabra?... Es la suya contra la de Ward Crane. Y a propósito de él, parecen conocerlo muy bien...

—Sí, señor Reagan.

—Eso resulta una contradicción... Necesitan un «microfilm» que está escondido dentro de un encendedor para dar con el jefe de esos traidores, y resulta que ya lo conocen, sin necesidad del «microfilm»... Ande, trate de explicarme eso, pero procure ser más convincente que hasta ahora.

Charles fue a meter la mano en el bolsillo.

—Cuidado, señor Charles, continuó con la pistola en la mano, y no vacilaré en disparar.

—Sólo pretendía sacar el pañuelo. Me está metiendo en un apuro. ¿No ve el sudor de mi frente?...

—Está bien, saque el pañuelo, pero que sea sólo eso.

Charles hizo un gesto afirmativo. Extrajo el pañuelo y se limpió parsimoniosamente.

—Estoy esperando... —le recordó Clifton.

—Conocí a Ward Crane en mis tiempos como inspector del FBI hace unos diez años. Se relacionó con un asunto muy sucio en que estaba en juego la seguridad de nuestro país. Desde un principio tuve sospechas de él, pero las pruebas no acusaban a Ward, sino a un compañero suyo llamado Richard Crown... El resultado de aquello fue que Richard Crown fue condenado por la Comisión de Actividades Antinorteamericanas y que, no pudiendo resistir aquella sentencia, se suicidó, levantándose la tapa de los sesos. En cambio, para Crane fue el triunfo, ya que al salir airoso de aquella prueba le fueron confiados más altos servicios. Supe cómo se habían desarrollado los acontecimientos, y ya no tuve ninguna duda de que Ward Crane había sido realmente el culpable... Cuando el jefe del FBI me sacó hace unas semanas de mi campo de champiñones, pasé revista a centenares de nombres que ocupaban altos cargos de la administración en Washington y otras capitales. Me tropecé con el de Ward Crane, y mi asombro fue enorme cuando vi que ostentaba nada menos que el de jefe de los Servicios de Seguridad de la Embajada americana en Francia. Quise conocer la esfera de su competencia y de ese modo me enteré de que Ward Crane, tenía acceso a los grandes secretos de la OTAN, a todo el plan estratégico atómico del Mediterráneo y del Atlántico, y que, para mi exasperación, era llamado frecuentemente a Washington para asistir a las reuniones de la Comisión de Relaciones Exteriores...

Inmediatamente ordené una vigilancia estrechísima de sus pasos, y de esa forma me he podido informar de que en los últimos meses se entrevistó con personajes muy destacados en la intriga internacional.

—¿Qué personajes?

—Caín Ballard, traficante de armas, expulsado de varios países; Serge Bruce, un francés que se caracterizó por su ayuda a la OAS; Max Fisher, un alemán que fue condenado a muerte en rebeldía por los tribunales antinazis. ¿Necesita más, señor Reagan...?

—Si usted sabía todo eso contra Crane, ¿por qué no le metió mano...?

—Porque quería toda la red. Además, podríamos equivocarnos, y Ward Crane no ser el jefe. A veces me digo que Crane no tiene el suficiente talento para ser el cerebro. No podíamos fallar, era nuestra gran oportunidad, y ahora parece que todo se ha perdido. Necesitábamos ese microfilme.

—Yo lo vi proyectado.

—¿Qué es lo que vio?

—No le podría explicar nada. Es un jeroglífico.

—¿Qué clase de jeroglífico?

—Me recordó los egipcios, y yo nunca he entendido eso.

—¿Qué dijo Ward Crane?

—La primera línea correspondía a un nombre, el del jefe de la red de espionaje.

—Podría ser el de él o cualquier otra persona.

Clifton arrojó el cuchillo sobre la mesa, y guardó la pistola en el bolsillo.

—Eh, jefe —dijo Félix—. El señor Reagan le cree.

—Gracias, Reagan —dijo Frank Charles.

—Tengo la impresión de que es un hombre sincero.

La joven sonrió.

—Bueno, al fin hemos ganado un colaborador. La verdad se abrió paso.

Frank Charles dio un suspiro.

—Desgraciadamente, eso no nos sirve de nada. Todo está perdido. Mi único consuelo es que dentro de una semana volveré a estar criando mis champiñones.

—¿Quiere decir que va a presentar su dimisión...? —preguntó Clifton.

—Fracasé en la misión que me confiaron. Es la pura verdad.

—Todavía no fracasó.

—Ward Crane tiene el microfilme, y para nosotros es lo mismo que si estuviera en el fondo del océano.

—Se me ha ocurrido una idea.

—¿Qué cosa, señor Reagan?

—Esperen aquí. Volveré.

Clifton se dirigió hacia la puerta.

—Aguarde, señor Reagan —habló Frank Charles—. Tiene que decirme lo que va a hacer. Nosotros podemos echarle una mano.

—Tengo que hacerlo solo. Quédense aquí. Tendrán noticias mías muy pronto.

Clifton hizo un saludo con la mano, y salió de la habitación.

Cuando llegó a la calle, apretó el paso.

Una mujer trató de colgarse de su brazo, pero él se disculpó, diciendo que tenía prisa.

Poco después, entraba en la «cabina» de un bar.

Marcó el número de Ward Crane.

A la otra parte oyó tres veces el zumbido de la señal, antes de que descolgasen.

—Domicilio del señor Crane.

Era la pelirroja. Había identificado su voz.

—Señora Crane —dijo con ansiedad—. Necesito hablar urgentemente con su esposo, por favor...

—Lo siento, pero él no puede atenderlo.

—Tiene que hacerlo... Me van a matar... ¿Lo oye, señora Crane...? Ya lo intentaron dos veces... Por favor, el señor Crane es la única persona que me puede ayudar...

—Espere un momento —oyó un ruido—. ¿Señor Reagan...? —Era el alto empleado de la Embajada americana, Ward Crane.

—Señor Crane... Han intentado matarme dos veces.

—¿Cómo ha podido ocurrir?

—Me persiguieron en un coche. Primero trataron de aplastarme y luego me rociaron con balas. Logré eludirlos en las dos ocasiones, pero creo que estoy acorralado. Usted dijo que dos hombres me custodiarían...

—Sí, pero hubo un error.

—No le comprendo.

—Mis dos hombres llegaron demasiado tarde, cuando usted se había marchado.

Clifton apretó los dientes. Era una buena excusa. Pero, claro, un tipo como Crane siempre estaría preparado para no ser cogido en falta.

—Señor Reagan, ¿dónde se encuentra...?

—En un bar.

—¿Le han seguido sus verdugos...?

—No lo sé con certeza. La verdad es que tengo la impresión de que todo el mundo me persigue, y que cualquiera de las personas

que pasa por mi lado sacará en cualquier momento una pistola.

—Sí, desde luego, pero no se preocupe... No le va a pasar nada.

—¡Usted no está en mi piel! ¡No puedo resistirlo más!

—Le he pedido que se calme. No hay nada peor que dejarse llevar por los nervios. Ha de confiar en mí.

—Sí, señor Crane. —Clifton respiró, jadeante.

—Me va a decir dónde está, y yo mismo iré en persona a librarlo de sus enemigos. Naturalmente, me haré acompañar por algunos: de mis hombres, especialistas en hacer frente a estos casos de emergencia.

—No van a llegar a tiempo... Ahora mismo hay ahí fuera un hombre que me está mirando.

—Debe ser alguien que espera que usted termine la conversación para hacer su llamada.

—Tal vez, pero ya le he dicho que veo a mis verdugos por todas partes.

—¿Dónde está usted...?

—En un bar. Se llama el Midi.

—¿Qué dirección?

—Calle Ondine, 87, en Montmartre.

—Muy bien, señor Reagan, en quince minutos llegaremos ahí.

—Dese prisa, señor Crane.

—Descuide, Reagan. No se mueva de ese bar.

—Sí, señor Crane —dijo Clifton con voz balbuceante. Luego, colgó y salió.

Encontró un taxi, a cuyo conductor dio la dirección de Ward Crane.

Al llegar, despidió al taxista.

Esta vez no corrió al entrar en el edificio. Lo hizo con naturalidad.

El conserje le saludó al verlo.

Se metió en el ascensor, y apretó el botón de la planta correspondiente. Una vez arriba, llamó en el departamento de Ward Crane.

Le abrió la señora Crane, que ahora se cubría con un batín de raso. Estaba muy interesante la hermosa señora con el batín.

Clifton hizo otra vez de hombre asustado y se precipitó en la estancia. Cerró de golpe.

—Señora Crane, ¿dónde está su marido...?

La pelirroja parpadeó.

—Fue en su busca... Ward le dijo que le esperase en aquel bar.

—No pude esperar. Estuvieron a punto de cazarme otra vez... Me metí en un taxi, y decidí venir aquí... Sólo su marido puede ayudarme... Sólo él...

Clifton corrió hacia la ventana y, arrimado a la pared, miró la calle.

—Deben estar ahí... Seguro que me persiguieron.

—Tranquílcese, señor Reagan. Mientras esté aquí no se atreverán a hacerle daño.

—¿Cómo está tan segura...?

—Ellos saben que mi marido es un alto cargo de la Embajada americana. Sería demasiado arriesgado por su parte invadir su domicilio privado.

Reagan sacudió la cabeza.

—Puede que tenga razón, pero será mejor que me esconda... Eso es, me esconderé hasta que regrese su marido.

Cruzó el *living* hacia la sala de proyecciones.

—Eh, ¿adónde va...?

Clifton no se detuvo.

Entró en la sala de proyecciones. Allí estaba el proyector. Pero le bastó una mirada para saber que el microfilme no se encontraba en el lugar correspondiente.

Oyó que la señora Crane llegaba tras él.

—Señor Reagan, ya le he dicho que en esta casa no corre ningún peligro. Vuelva al *living*.

—No, señora Crane, aquí estoy mucho mejor... ¿Tiene algo de beber...? Necesito *whisky*... Por favor, un *whisky*...

—Está bien, se lo traeré.

La pelirroja salió de la habitación, cerrando la puerta tras sí.

Reagan dio un suspiro.

Infiernos, estaba haciendo demasiadas cosas para un solo día. Muchas más que el protagonista de cualquiera de sus guiones.

Se levantó y fue a un pequeño armario, el cual abrió. Allí había algunos rollos de película, pero ¿cómo encontrar un microfilme tan pequeño?

Ahora se dio cuenta de que su plan fallaba por su base. Una cosa

tan insignificante como el microfilme podía ser escondida en el más pequeño agujero.

Pero debía encontrarlo.

Estaba seguro de que Grane no había tenido tiempo para sacarlo del apartamento y era absurdo que lo hubiera llevado con él. Tenía que estar allí. Eso era lógico.

Vio una caja rectangular de aluminio, y la abrió. Dentro había unos rollos de película veinte o treinta veces más grandes que el microfilme que él buscaba.

De pronto, le llegó una voz a la espalda:

—No se canse, señor Reagan.

Volvió la cabeza y vio a la hermosa pelirroja, manejando una pistolita con la diestra.

—¿Qué le pasa, señora Crane? —preguntó Clifton con las cejas enarcadas.

CAPÍTULO VII

—Ya lo ve, le estoy apuntando con un arma.

—Señora Crane —dijo, otra vez asustado—. No me diga que usted trabaja para ellos... Eso sería innoble. Está casada con un alto jefe de la Embajada americana... Traicionaría a su país.

—Como comediante, no se ganaría la vida en un teatro...

—No le comprendo.

—Para ahorrarle representación, debo decirle que en ningún momento me engañó, señor Reagan.

—No la entiendo.

—Es la mar de sencillo. Usted es un hombre de una gran sangre fría, y no comprendo cómo mi marido pudo creer eso de que estaba usted acobardado. Ello solo demuestra una cosa, que las mujeres seguimos entendiendo más de los hombres que los propios hombres... Traté de quitárselo de la cabeza a mi marido, le dije que podía ser una trampa ideada por usted o por nuestros enemigos. Pero Ward lo ha subestimado, señor Reagan, dijo que usted sólo era un pobre guionista que no sabía de estas cosas...

Clifton se dijo que la pelirroja tenía razón, y que no valía la pena seguir adelante con su papel.

—La felicito, señora Crane. ¿Hablamos ya en serio?

—Inténtelo.

—Deme el microfilme que traje a su esposo.

—¿Y qué más, señor Reagan?

—Yo me marcharé con el microfilme, y usted tendrá una oportunidad para escapar.

—No está usted muy ingenioso, que digamos.

—Señora Crane, ¿se da cuenta de quién es su marido?

—Un hombre que fue en otro tiempo muy atractivo, pero que ya perdió parte de su encanto para mí —la pelirroja dio un suspiro—. Menos mal que, de vez en cuando, una encuentra compensaciones

por ahí... ¿Sabe una cosa? Creí que usted sería una buena compensación, pero lo ha echado a perder.

—Pero ¿qué es lo que dices, cariño...? No hay nada en este mundo que no se pueda arreglar... Ven a mis brazos, Sandra.

Echó a andar hacia la pelirroja, pero ella, muy seria, levantó la pistola.

—Un paso más, y te meto una bala en el cuerpo, amor.

—No me gustaría que pusieses tanto fuego en tus gestos, Sandra.

—He dicho que tú eras el culpable.

—Podemos jugar en el mismo bando.

—Ya no me puedo fiar de ti, Clifton.

—¿Por qué no?

—Porque eres uno de esos tipos que se pasan la vida luchando por la justicia.

—Se puede luchar por la justicia y, al mismo tiempo, ser un tipo divertido. Prueba conmigo y compara.

—Veo la mala intención en tus ojos... Arriesgaste la piel por venir a esta casa. Sólo te interesa recuperar el microfilme, aunque para ello necesites hacerme el amor.

—Querida, tú eres una mujer única, y yo he sido siempre un hombre que no ha desaprovechado una oportunidad. Ahora ya no me importa el microfilme. Es tu piel la que me cautiva...

—Farsante.

Clifton soltó una maldición para sus adentros porque era el primero en admitir que jamás había estado tan falto de convicción con una mujer.

Sus esfuerzos no habían servido para nada.

Aquella mujer, Sandra, era del mismo barro que su esposo. No vacilaría en apretar el gatillo.

—Tú ganas, preciosidad —dijo.

—Celebro que lo reconozcas.

—¿Qué va a pasar ahora, Sandra...?

—Esperemos a que Ward regrese... Entonces se dará cuenta de que yo tenía razón al sospechar de ti.

—Al menos, debiste traerme el vaso de *whisky*.

—Ya brindaremos cuando Ward llegue.

Clifton señaló el armario que había estado registrando, en busca del microfilme.

—No me diste tiempo siquiera a encontrar lo que yo buscaba.

—Sin embargo, lo tuviste muy cerca.

—¿Dónde?

—Está en el último estante. En el rollo donde dice: «Cuadros famosos del museo del Louvre».

Clifton levantó la mano para tomar el rollo.

—No hagas eso, Clifton.

—Sólo quería tenerlo unos momentos en mis manos. Al fin y al cabo, me veo en esta situación por culpa de ese condenado microfilme.

—Olvidalo ya, y ven conmigo al *living*. Esperaremos allí a Ward.

Clifton se encaminó hacia la puerta.

—Las señoras primero —dijo.

—No, querido. Tú delante de mí.

—Como quieras.

Clifton pasó junto a Sandra, y se revolvió golpeando en la mano armada de la mujer.

La pelirroja dio un grito y perdió la pistola.

Clifton supo que Sandra era una auténtica fiera. Se le echó encima, pegándole un zarpazo, y también empleó las rodillas.

Reagan sintió que las uñas femeninas le arañaban el cuello.

Se quedó sin respiración, al recibir un rodillazo en el estómago.

Sandra se echó sobre la pistola.

Clifton se dio cuenta de que también iba a perder aquella pelea, y saltó sobre la joven recordando sus tiempos de jugador de *rugby*.

Los dos rodaron por el suelo.

Finalmente, golpeó en la mandíbula femenina. Ella dejó escapar un gemido entre dientes, y quedó sin conocimiento.

Clifton se levantó resoplando.

Otra vez era dueño de la situación.

Tomó la pistola de Sandra y la guardó en el bolsillo. Luego, se dirigió al armario y tomó aquel rollo cuyo epígrafe rezaba: «Cuadros famosos del museo del Louvre».

Manipuló con el rollo hasta dar con el microfilme. Había sido empalmado a la otra película. Muy ingenioso.

Oyó un quejido a su espalda. Sandra se estaba recuperando.

Ella detuvo sus ojos en el rostro sonriente de él.

—Bastardo —dijo.

—Nena, te tocó perder...

—¿Qué haces aquí...? ¿Por qué no te largas...?

—Vas a venir conmigo.

—¿Estás chiflado...? No iré contigo a ninguna parte.

—Claro que vendrás, ricura.

—¿Por qué...?

—Cierto caballero tendrá mucho interés en oírte cantar.

—Te refieres a Frank Charles.

—Bravo.

Sandra titubeó y, finalmente, dijo:

—Bueno, creo que Ward está en las últimas.

—Seguro, nena.

—Siempre me he dicho que hay que saber nadar entre dos aguas.

Clifton señaló la puerta que comunicaba con el *living*.

Los dos salieron por allí.

De pronto, se abrió la puerta del apartamento y entró Nicole con otro hombre, un desconocido. Éste tenía atrapada a la joven por el estómago, y se servía de ella como escudo. Esgrimía una pistola con la zurda.

Clifton ya tenía el arma en la mano, pero no se atrevió a disparar.

—Tire esa pistolita, señor Reagan.

Clifton no obedeció.

Entonces, el desconocido apoyó el cañón de su arma en la sien de Nicole.

—Arroje el revólver al suelo, o verá cómo revienta una linda cabecita.

Sandra sonrió.

—Querido, al parecer, no tuviste mucho tiempo la pelota en tus manos.

Clifton hizo rechistar los dientes. No podía permitir que aquel tipo matase a Nicole.

Dejó caer la pistola en el suelo y Sandra la recogió.

Entonces, el tipo dio un empujón a Nicole, y la envió dando traspiés al centro de la estancia.

—Nicole —dijo Clifton—. ¿Cómo infiernos te atrapó?

—Frank me dijo que te siguiese.

—¿Por qué?

—Dijo que quizá necesitases ayuda.

—Ya tenía el microfilme en mi poder, y dentro de un rato lo habría hecho llegar a Frank Charles.

Nicole se mordió el labio inferior con fuerza.

—Lo siento, Clifton.

En aquel momento sonó el teléfono.

Sandra tomó el receptor.

—¿Sí, Ward...? No lo encontraste ahí por la sencilla razón de que él está aquí... Sí, talento, ya te lo advertí... Era una trampa, pero tú eres un tipo listo... Faltó poco para que el señor Reagan se saliese con la suya. Pero Roger Barrault lo ha impedido... Llegó muy a tiempo... Tenemos un visitante extra... Esa intrigante que trabaja al servicio de Frank Charles y que se llama Nicole... Sí, como tú quieras... Saldremos en seguida.

Sandra colgó el auricular.

—Roger, nos vamos.

—¿Adonde...? —quiso saber Clifton.

—No hagas preguntas.

Sandra registró a Clifton, y esta vez no cometió ningún error porque lo hizo por detrás. Sacó su pistola y la que Clifton le había quitado a Félix Labisse.

Reagan había mantenido la esperanza de que en cualquier momento pudiese valerse de aquella pistola, pero ahora estaba completamente indefenso.

Salieron los cuatro del apartamento, y llegaron a la calle.

Clifton miró a un lado y a otro, esperando descubrir a Frank Charles o a Félix Labisse, pero no vio rastro de ellos.

Sandra ocupó el volante de un auto negro, y Roger se sentó en el asiento trasero, entre Nicole y Clifton. Conservaba la pistola en la mano.

Reagan rompió el silencio, cuando llevaban algunos minutos viajando:

—Me imagino que vamos a la Embajada americana y que allí seremos presentados como peligrosos espías de los Estados Unidos.

—Va a ser una recepción mucho más importante —contestó Sandra—. ¿No querían conocer al jefe de nuestra organización? Quizá tengan ese placer, aunque les va a servir de muy poco.

—Entonces, no me lo perderé por nada del mundo.

—Roger —dijo Sandra—. ¿Te has cerciorado de si nos siguen...?

—Ni vi nada anormal al entrar en el auto.

—Yo también he mirado por el espejo retrovisor, y todo está en orden.

—En ese caso, ya podemos dirigimos al lugar de la cita.

Clifton se percató de que, hasta entonces, el auto sólo había hecho que dar vueltas por las calles. Pero ahora enfiló una avenida hacia las afueras de París.

El coche entró por un portón de hierro y corrió por un paseo de grava, a cuyo fondo había una casa. A la derecha estaba la cochera, y el vehículo se metió allí.

Clifton vio otros autos costosos. Un «Alfa-Romeo» un «Cadillac», un «Rolls Royce»...

—Aquí debe vivir todo un personaje —dijo.

—Sí, Clifton —contestó Sandra—. Se trata de un hombre con una gran influencia en el mundo entero.

—Ya estoy deseando conocerlo.

—Eso ocurrirá ahora mismo. Vamos a la casa.

Siempre vigilados por Roger y su pistola, subieron a un gran porche sostenido por columnas de mármol.

La puerta se abrió sin necesidad de que llamasen, y un hombre de cara alargada y ojos saltones les dio la bienvenida.

—Pasen a la biblioteca.

La mansión era regia.

Entraron en la biblioteca, donde estaba Ward Crane.

Sandra se acercó a su marido, y lo besó en la comisura de la boca.

Ward Crane sonrió.

—Estuviste muy acertada, Sandra —luego Crane miró a Clifton—. ¿Qué se proponía, señor Reagan...?

—Desenmascararlo.

—De modo que creyó a Frank Charles.

—El dijo la verdad y usted mintió.

—La verdad es algo muy relativo, señor Reagan, y usted como autor, debería saberlo... Yo trabajo por dinero, y el señor Charles, por un supuesto ideal. Dudo mucho que él represente algo mejor que yo. Tome, por ejemplo, el estallido de la bomba atómica en

Hiroshima. Todos los que intervinieron en aquel asunto, desde los que inventaron la bomba, hasta los que la arrojaron, trabajaron por un ideal. ¿Y cuál fue el resultado? Se perdieron miles de vidas humanas. Más tarde, los que hicieron espionaje para que el secreto atómico fuese participado por otras naciones, trabajaron por dinero... Y sólo gracias a ellos se logró mantener el equilibrio de fuerzas. Desde el año 1945 no ha vuelto a ser utilizada la bomba atómica con fines de destrucción... Dígame ahora cuál de los dos bandos que le acabo de señalar hizo más por la humanidad.

—Utilizaré sus argumentos en mi próximo guion.

—Usted no podrá hacer eso, señor Reagan. Se metió en un negocio que no le incumbía. Me temo que va a pagar un alto precio por eso: Su vida.

—¿Es usted quien condena?

—No, hay alguien por encima de mí.

—¿Dónde está...?

—Le verá, de un momento a otro.

—Vaya, me gusta el suspense.

En aquel momento se abrió la puerta, y entró un hombre sentado en un sillón de ruedas. Empujaba éste una rubia muy llamativa, de ojos verdes y senos altos.

El hombre que se sentaba en el sillón de ruedas tenía el cabello blanco y portaba gafas oscuras.

A Clifton le recordó una cara conocida, pero no supo a quién.

—Le presento al jefe, señor Reagan —arguyó Ward Crane.

—Dígame su nombre.

—Stanley Lawford.

—¿Se refiere al millonario...?

—Sí. Al millonario que desapareció en el océano cuando viajaba en su avión desde América...

—De modo que todo fue una farsa.

—No, señor. No fue una farsa —contestó el propio Stanley Lawford.

—No lo comprendo.

—Fue un intento de asesinato.

—¿Quién pretendió asesinarlo, señor Lawford...?

—El Gobierno de los Estados Unidos.

—No puedo creerlo.

—Cierta persona importante del Gobierno llegó a la conclusión de que yo amenazaba al país con mis doctrinas.

—Sí, lo recuerdo perfectamente. Usted fue amigo personal de Hitler. Durante la segunda guerra mundial, antes de que los Estados Unidos entrasen en el conflicto, usted sabotó todo lo que podía acercar nuestro país a los aliados. Organizó mítines nazis y apoyó a las personas que pensaban como Hitler, Goebbels y los de su pandilla... Luego, cuando nuestra nación declaró la guerra a Alemania y al Japón, usted vendió sus fábricas y dijo que se retiraba de los negocios. Pero la verdadera razón era que no quería colaborar con su Gobierno. Se retiró a sus posesiones de Virginia, y desde allí hizo todo lo posible por ayudar a los hombres de las SS de la Gestapo.

—Está muy enterado de mis cosas.

—Son del dominio público, señor Lawford. Cuando terminó la guerra y, tras unos años de silencio, usted empezó otra vez a las andadas. Presentó su candidatura a la presidencia de los Estados Unidos, aunque el resultado debió indicarle que en nuestro país no hay cabida para ciertas ideas.

—Logré casi un millón de votos.

—Eso es normal en una democracia. Pero no estoy muy seguro que ese millón de personas pensasen lo que realmente querían. Leí algunos de sus discursos, señor Lawford, y, bajo una supuesta justicia social, usted enmascaraba sus verdaderos pensamientos. Estoy seguro de que muchos miles de ese millón le dieron su voto sin saber realmente a quién votaban.

—Dentro de muy poco ese millón se convertirá en varios millones, señor Reagan.

—No, señor Lawford, se equivoca.

Stanley Lawford se echó a reír.

—Usted supone que me voy a valer otra vez de sus votaciones democráticas para llegar al poder... No, señor Reagan... Está demostrado que para triunfar es necesario la revolución.

—¿Una revolución en los Estados Unidos...?

—Sí. Un golpe de estado.

—Perdone, señor Lawford, pero sería mejor que lo intentase en Saigón. Allí es posible que su golpe de estado tuviese éxito, pero no en Washington.

—Daré mi golpe de estado en Washington, y será un éxito completo. Y le diré algo más. Ese golpe tendrá lugar dentro de tres días.

—¿Y de qué forma lo va a conseguir...?

—No le puedo informar porque es supersecreto.

—Según el señor Crane, yo estoy condenado a muerte. Imagino que la ejecución de la sentencia no se va a demorar mucho.

—Correcto, señor Reagan —asintió Stanley Lawford.

—Entonces, ¿qué mal hay en que conozca sus planes...?

—Sólo los conozco yo, y no informaré a nadie hasta el momento de ponerlos en práctica.

El inválido que estaba en el sillón de ruedas se dirigió a Ward:

—Quiero que mueran inmediatamente. Mételos en el pozo número tres.

—Ahora mismo, señor Lawford.

Stanley sonrió a Clifton.

—Su amigo Orson Vernon estuvo a punto de hacer fracasar mi intento. Usted también fue el depositario del secreto de Orson. Pero ya todo quedó solucionado. Dame la prueba, Ward.

Éste tomó de las manos de su mujer el rollo de la película al que estaba adherido el microfilme de Orson Vernon.

—Aquí lo tiene, señor Lawford. Puede estar tranquilo desde ahora.

Stanley aceptó el rollo de película y dijo:

—Cumple la sentencia cuanto antes. Elimina a Clifton Reagan y a la muchacha que le acompaña.

CAPÍTULO VIII

Los prisioneros fueron conducidos a un sótano.

Roger Barrault y el hombre de las facciones alargadas los siguieron con las pistolas listas.

En el sótano había otro hombre, un grandullón con cara de retrasado mental.

—Pierre —dijo Roger—. Te traemos dos víctimas.

Pierre observó atentamente a la muchacha.

—¿Qué han hecho? —preguntó.

—No querrás que te cuente ahora la historia de sus vidas... —sonrió Roger—. La orden es que acabes con ellos en el pozo número tres.

Pierre sacudió la cabeza en sentido afirmativo y caminó hacia un lado de la estancia. Se agachó sobre una tapa circular, la atrapó por una argolla y tiró con fuerza.

En el suelo apareció un agujero.

Nicole estaba pegada a Clifton, y éste sintió cómo se estremecía.

Roger apuntó con la pistola a Clifton.

—A usted le toca el primero.

—Podíamos echar una partida de póquer antes. Tengo algún dinero en la cartera. Prometo no marcarme faroles.

—Tendrá que jugar esa partida de póquer con las ratas.

—¿Es eso lo que hay al final del pozo...?

—Da a un lago subterráneo. Lo sabrá cuando llegue.

—Entonces le escribiré —asintió Clifton y se fue hacia el agujero, pero en el camino saltó en el aire, pegó un tremendo patadón en el vientre de Roger, el cual se derrumbó en el suelo, lanzando un aullido de dolor.

Nicole lo secundó con eficacia.

Se arrojó sobre las piernas de Cara Larga, y lo derribó en el suelo.

Pero el grandullón Pierre no se quedó quieto. Se agachó sobre Clifton y lo golpeó en la nuca.

Reagan estrelló la cara contra el suelo y quedó sin sentido.

Cara Larga puso el cañón de la pistola entre los dos ojos de Nicole.

—Anda, nena, intenta algo, y entrarás al pozo convertida en cadáver.

El grandullón ya había cargado sobre su hombro a Clifton, y se encaminó hacia el agujero del pozo.

—¡No lo tire por ahí! —chilló Nicole.

Pierre sonrió, enseñando unos dientes muy separados.

—Acostumbro a obedecer órdenes.

Dejó caer a Clifton en el pozo, y Nicole gritó otra vez.

Al fondo, se oyó el golpe de un cuerpo al estrellarse contra el agua.

—Ahora te toca a ti, preciosa —dijo Pierre—. ¿Saltas tú misma, o quieres que te empuje...?

La joven echó a correr hacia la puerta, pero Pierre la atrapó en el camino.

Nicole pateó, tratando de morder las manos de Pierre. Pero éste era un hombre muy fuerte, y de nada valieron los esfuerzos de ella por librarse.

Pierre arrojó también a Nicole al pozo.

Escucharon el nuevo choque del cuerpo contra el agua, y Roger dijo:

—¿Cuánto durarán ahí...?

—Un par de días —contestó Pierre—. Puede que tres. Morirán de frío y hambre. Pero algunos se mueren mucho antes porque se ahogan... Es lo que le ocurrirá a él. Cuando cayó, estaba sin sentido.

Clifton volvió en sí.

Trató de llevar aire a sus pulmones, y tragó agua.

Se estaba ahogando. Movié brazos y piernas, y empezó a ascender.

Finalmente, afloró la cabeza a la superficie y respiró oxígeno.

Oyó un chillido por encima de su cabeza, y poco después el cuerpo de Nicole se hundió en el agua.

Braceó hacia ella. La joven estaba a punto de perder el sentido, y Clifton la sostuvo contra sí. Luego, nadó hacia unas rocas que había

al fondo.

La única luz llegaba por el agujero, que no había sido cerrado.

Nicole ya se había recuperado. Los dos se asieron a la roca. La joven daba diente con diente.

—¿Te encuentras bien, Nicole? —preguntó Clifton.

—Sí. ¿Y tú...?

—Echo de menos la merienda en un lugar como éste. La otra vez traeremos provisiones.

—No habrá otra vez para nosotros... Ésta es una prisión que no tiene ninguna salida... Bueno, sólo existe la de arriba, el agujero, y me temo que nunca podríamos llegar a él, si no nos echan una cuerda.

—No hay que pensar en eso.

—Entonces, estamos listos.

Clifton se inclinó sobre el agua.

—¿Qué es lo que buscas...? ¿Peces...? —preguntó Nicole.

—Estoy tratando de comprobar si el agua fluye.

—¿Y cuál es el resultado...?

—Se mueve un poco hacia la izquierda.

—¿Quieres decir que es un río subterráneo...?

—Posiblemente.

—Aunque así fuese, no puede haber salida. Mira lo que hay a tu espalda —la joven desorbitó los ojos.

Clifton miró en la dirección que ella le indicaba, y vio un esqueleto.

La víctima en cuestión había sido sorprendida por la muerte cuando estaba de bruces.

—¡Allí hay otro, Clifton...! —exclamó Nicole, señalando más a la izquierda.

—Ya imaginaba que no estaríamos solos.

—Es una compañía que no me gusta... Apuesto a que estos desgraciados buscaron una salida, y nunca la encontraron porque no existe.

En aquel momento les llegó una voz desde lo alto del pozo.

—Eh, muchachos... ¿Están ahí...? —Era el grandullón Pierre.

—Nos sorprende justo en el momento en que nos disponíamos a salir hacia Londres —respondió Clifton.

—Muy gracioso el chiste, amigo.

—Celebro que te guste. Déjate caer por aquí y te contaré tres o cuatro más de los mejores de mi repertorio.

—Dentro de un rato empezarás a sentir hambre, y ya no lo encontrarás tan divertido. Además, os vais a quedar sin luz.

Así diciendo, Pierre cubrió el agujero con la tapa.

Nicole y Clifton se quedaron en la más completa oscuridad.

—Esto es el final —dijo Nicole.

—Para ser un agente secreto, eres una mujer de pocas esperanzas.

—Soy realista.

—Eso me recuerda que todavía no me has dicho cómo llegaste a ser una Mata Hari.

—Mi padre y Frank Charles trabajaron juntos en la resistencia. Frank me conoció desde muy pequeña. Mi padre fue hecho prisionero por los nazis. Lo atormentaron antes de darle muerte... He trabajado para que todos aquellos asesinos recibiesen su castigo. Al principio hice mi trabajo para mi Gobierno, pero luego me contraté con una organización privada. Frank Charles se acordó de mí cuando le confiaron acabar con esa red de espionaje. De todo esto, lo que más me duele es saber que un hombre con las mismas ideas de los nazis pretende adueñarse del Gobierno de los Estados Unidos.

—Sí, es muy lamentable.

—¿Crees que lo conseguirá?

—Tal como están las cosas en los Estados Unidos, es posible.

—Pero hemos de impedirlo, Clifton —la joven se interrumpió—. No sé lo que me digo... Somos sus prisioneros y estamos en este subterráneo del que es imposible salir.

—A propósito de eso. Voy a dar una vuelta por ahí...

Clifton se dejó caer en el agua.

—No te muevas de esta roca, Nicole... Manda al diablo a los conquistadores que te guñen un ojo. Volveré por ti.

Nicole sonrió. Clifton era animoso, pero de nada valdrían sus esfuerzos por buscar una salida.

Transcurrieron unos diez minutos.

—Clifton —llamó, intranquila, porque él no había regresado.

No obtuvo respuesta.

—Clifton —repitió. Oyó el eco de su voz, pero tampoco le

respondieron.

Pensó que él ya estaba muerto, que se habría ahogado en su intento de buscar un resquicio para escapar de aquella trampa.

De pronto, oyó un chapoteo en el agua.

—Clifton...

—Aquí me tienes.

Llegó desfallecido a la roca. Ella le ayudó a subir.

—Podemos intentarlo, Nicole —dijo él, respirando entrecortadamente.

—¿Encontraste una salida...?

—Llegué hasta el lugar donde se filtra el agua... No está muy hondo, y por el agujero cabe perfectamente una persona, pero no sé lo que encontraremos más allá.

Hubo un silencio. Nicole tragó saliva.

—Lo más probable es que muramos ahogados. ¿Verdad, Clifton?

—Si...

—Pero si nos quedamos aquí es la muerte segura. Ésa es tu forma de pensar, ¿no es cierto?

—No tengo ninguna duda.

—Está bien. Iré contigo.

—No andes con energía. Nos iremos acercando poco a poco. Es necesario que guardemos las fuerzas para el buceo. La cueva tiene una profundidad de unas veinte yardas.

Avanzaron lentamente, uno junto al otro.

—Ya hemos llegado —dijo Clifton—. Tienes una roca casi encima de tu cabeza. Apoya las manos y descansa.

Nicole así lo hizo.

—¿Notas cómo el agua corre por tus piernas? —preguntó Reagan.

—Sí, ahora la siento perfectamente.

—El agujero no está muy hondo. Apenas tendrás que dar un par de brazadas para llegar a él. Échale una ojeada y sube. Has de cerciorarte dónde está para no perder un segundo cuando debamos hacer el intento.

La joven buceó bajo el agua, y al cabo de unos diez segundos reapareció en la superficie.

—¿Lo encontraste, Nicole...?

—Tardé un poco. Pero la próxima vez iré derecha a él. —La

joven hizo una pausa para respirar—. Clifton, ¿qué habrá a la otra parte...?

—Si tienes miedo, volveremos a la roca y esperaremos allí la muerte.

—No, Clifton.

—De todas formas, yo seré el primero.

—¿Por qué...?

—Quizá la única razón sea porque yo lo descubrí. Lo malo es que no podré avisarte si sirve para algo.

—Da lo mismo.

Clifton se acercó un poco más a la joven, y la besó en los labios.

—Cuenta hasta treinta segundos y sumérgete.

—Sí, Clifton.

—Allá voy.

Clifton respiró profundamente y se sumergió.

No se equivocó una pulgada en llegar al agujero. Metió la cabeza y se impulsó adentro.

El agua corría a una gran velocidad, y eso fue una suerte porque le ahorra energías y le hacía avanzar con rapidez.

Tenía los ojos abiertos.

Al fondo, vio un resplandor, pero ya estaba acabando con su reserva de oxígeno.

De pronto fue escupido y sintió que iba por el aire. Había salido del pasadizo.

Cayó otra vez en el agua. Pero cuando salió a la superficie vio por encima de él el cielo estrellado.

Se agarró a unos matorrales, mientras respiraba ávidamente el aire que necesitaban sus pulmones.

Luego alzó los ojos hacia el agujero por donde había salido. Sólo se veía un enorme chorro de agua.

¿Habían transcurrido ya los treinta segundos...? Estaba seguro de que la respuesta era afirmativa.

¿Y sí Nicole, a última, hora, no se había atrevido a seguirlo...? ¿Y si había perdido el conocimiento antes de entrar por el agujero...?

De pronto, la vio salir y caer cerca de él.

La atrapó antes de que se sumergiese.

Tiró de ella hacia los arbustos, y la depositó en tierra.

Nicole abrió los ojos y le sonrió.

—Obtuvimos un éxito.

El la besó otra vez en los labios.

—Clifton, no podemos perder tiempo. Hemos de ir en busca de Frank.

—Te vas a ir tú sola.

—¿Yo sola...? ¿Por qué...?

—Porque yo me quedo.

—No, Clifton. No puedes hacer eso. Ya sé lo que estás pensando. Quieres volver a entrar.

—Cariño, no sabemos cuánto tiempo van a estar ahí esos tipejos. Recuerda lo que Stanley Lawford dijo. En tres días pondrá en práctica su plan... Ahora están reunidos. Es el momento de meterles mano.

—Pero ni siquiera tienes una pistola.

—Sé buena chica y confórmate. Anda, vete ya...

—Creo que vas a cometer una tontería.

—Cometí muchas en este asunto, una más no tiene importancia.

La besó en la boca y la empujó hacia la izquierda del riachuelo, en el camino opuesto a la casa donde se encontraban Stanley Lawford y sus secuaces.

Nicole echó a andar, pero se detuvo un poco más allá, y volvió la cabeza.

—Clifton, ¿por qué no esperas a que nosotros regresemos...?

—Sí, quizá lo haga. Bien pensado, es demasiado jaleo para un tipo solo.

—Me daré toda la prisa que pueda.

Nicole echó a correr, y desapareció por entre los matorrales que había más adelante.

Clifton respiró profundamente, y echó a andar hacia la casa.

Estaba recordando lo que le había ocurrido allí dentro, y se sentía lleno de ira.

Pronto llegó ante el muro que rodeaba la mansión y buscó un punto por donde pudiese saltar.

Recorrió más de treinta yardas hasta encontrar unos huecos en la pared. Había sido un buen trepador en su niñez, lo cual le sirvió para obtener notas sobresalientes en unos ejercicios del comando en el ejército. Ahora tenía la oportunidad de demostrar si aquellos

conocimientos servían de algo más.

Sus zapatos le molestaban de modo que se descalzó y empezó a subir.

Hubo un momento en que creyó que se vendría abajo, pero consiguió adherirse como una ventosa. Pasado el apuro, continuó su ascensión y al fin llegó a lo alto del muro.

La segunda parte, descolgarse, resultó muy fácil.

Las nubes recorrieron su telón, dejando ver una lima casi llena.

A lo lejos, vio que el garaje estaba iluminado, y le dio un vuelco el corazón al pensar que Stanley Lawford y su pandilla estuviesen a punto de abandonar la casa.

Se acercó rápidamente, sirviéndose de los setos del jardín para no ser visto.

En la puerta se encontraban Cara Larga y Roger Barrault. Los dos fumaban.

Estaban hablando, y Clifton se acercó un poco más para no perderse el diálogo:

—Ya tenía ganas de volver a los Estados Unidos —dijo Cara Larga.

—Yo prefiero Francia, Scott.

—A cada uno le gusta el país donde ha nacido.

—Quizá sea eso. ¿No vas a retirar el equipaje del señor Lawford? Scott consultó su reloj.

—Me dijo que fuese en media hora, y sólo han pasado diez minutos.

Clifton se dijo que tenía que darse mucha prisa... Como temía, los pájaros iban a abandonar el nido.

El azar vino en su ayuda.

—Scott —dijo Roger—. Quiero que eches un vistazo al motor del «Cadillac». No me gustó cómo funcionaba esta mañana. Tú entiendes de automóviles.

—Está bien —dijo Scott.

Los dos hombres se metieron en el garaje. Entonces, Clifton corrió hacia la casa.

Desde luego, no podía entrar por la puerta, armaría demasiado escándalo.

Se acercó a la biblioteca, donde había visto a Stanley Lawford en su sillón de ruedas. La ventana estaba abierta.

Levantó la cabeza poco a poco, y miró en su interior.

Sandra, la hermosa mujer de Ward Crane, estaba a solas, contando fajos de billetes en una mesa.

Clifton se encaramó a la ventana sin hacer ruido y se deslizó en el interior de la habitación.

Fue por detrás de Sandra.

De pronto, la joven pareció percatarse de que había alguien tras ella y comenzó a dar la vuelta.

Clifton se le echó encima y le puso la mano en la boca.

—Calla, nena, o te estrangulo.

CAPÍTULO IX

Sandra desorbitó los ojos.

Era inconcebible para ella que Clifton estuviese a su lado.

Éste arrastró a la pelirroja, rodeando la mesa. Abrió un cajón. Debajo de unos papeles encontró lo que quería. Una pistola. Se aseguró que el arma estaba cargada, y soltó a la joven.

—¿Qué haces aquí, Clifton...?

—Ya lo ves, pelirroja. Vine de caza.

—Pero te arrojaron al pozo, con la chica... Me dijeron que nadie había logrado escapar.

—Quizá porque los que nos precedieron se conformaron con su suerte, y no buscaron una salida. ¿No sabes que hay gentes que mueren de pánico, por el simple hecho de verse en un lugar como aquél...? Pero dejemos eso ya. Lo importante es que estoy frente a ti y tengo una pistola que dispara balas.

—Clifton, es estupendo —sonrió la pelirroja.

—¿Tú crees...?

—Nos fugaremos...

—¿Tú y yo...?

—Claro que sí. Nosotros. Mira eso —señaló los fajos de billetes y un maletín negro que había sobre la mesa—. ¿Sabes cuánto hay ahí...?

—No tengo idea.

—Cincuenta mil dólares. Es uno de los pagos que Lawford ha hecho a mi marido.

—¿Dónde están ellos?

—¿Quiénes...?

—No puedo referirme a otros que a Stanley Lawford y a tu marido.

—¿Qué te importa a ti dónde están...?

—Contesta a mi pregunta, Sandra.

—Stanley llamó a Ward. Se reunieron en el dormitorio de Lawford.

—Tú y yo vamos a ir allí.

—¿Qué dices, Clifton...?

—Ya lo has oído. No quiero perderme esa entrevista.

—Olvida eso. Ésta es tu gran oportunidad, y también la mía, Clifton... Yo no quiero seguir con ellos. Han ido demasiado lejos. Stanley Lawford está loco.

—Sí, es posible, y también lo está tu marido. Por eso es conveniente que alguien los envíe adonde deben estar. Suelos resultan peligrosos.

—Amor, quitatelo de la cabeza... ¿Por qué complicarse la vida, cuando tenemos a nuestro alcance la felicidad...? Son cincuenta mil dólares, Clifton. —Sandra tomó unos fajos de billetes de encima de la mesa y agregó—: Míralos, ¿no son hermosos? Son billetes de cincuenta dólares, y parecen recién salidos del horno. Oye cómo crujen.

Se acercó un fajo de billetes a la oreja y los dobló.

Clifton hubiese jurado que, efectivamente, crujían.

—Olvídate de eso, nena. No me interesa el dinero.

Ella agrandó los ojos.

—Serías el primer humano a quien no le interesase.

—Me gustan los billetes tanto como a ti, pero da la casualidad de que me preocupa mucho su origen.

—Clifton, no seas chiquillo.

—Ya dejé de serlo hace algún tiempo. Soy un hombre.

—Demuéstramelo —dijo ella sonriendo y mirándolo provocativamente.

—Has elegido muy mal el lugar y la hora para una prueba de esa clase.

—Para que un hombre y una mujer se entiendan, no es necesario lugar y hora. Cierta vez, en un granero...

—Calla.

—Clifton, te iba a contar uno de mis secretos.

—Ya me lo contarás en otra oportunidad. Ahora me vas a llevar al dormitorio de Stanley Lawford.

Sandra dio una patadita en el suelo.

—¿Por qué los hombres sois tan testarudos cuando se os mete

una idea en la cabeza...? ¿Qué diablos te importa a ti lo que estén hablando mi esposo y Lawford?

—Mucho, querida. Y ahora, empieza a andar.

—¿Sabes lo que te va a pasar, Clifton? En esta casa hay muchos hombres al servicio de Stanley Lawford. Cualquiera de ellos te llenará de plomo... Si ahora decides marcharte conmigo, puedo arreglármelas para que no nos moleste nadie.

—Tu oferta es muy generosa, pero no tengo más remedio que rechazarla.

—Peor para ti.

Reagan hizo una señal con la pistola, y la joven, muy furiosa, echó a andar hacia la puerta. Clifton fue tras ella.

Sandra salió de la habitación y Clifton, que se había quedado atrás, oyó una voz:

—¿Dónde va, señora Crane...?

—Arriba, a ver a mi marido.

—El señor Crane dijo que usted le esperase en la biblioteca, y que no saliese por ningún motivo.

—No seas idiota, Otto. Quiero ver a Ward. Necesito hablar urgentemente con él.

—Lo siento, señora Crane, pero se va a quedar en la biblioteca, y no me lo tenga en cuenta. Yo me limito a cumplir las órdenes.

Clifton no esperó más. La situación era muy difícil para Sandra.

Pasó junto a ella y plantó la pistola ante los ojos de un tipo rubio, rechoncho, de cara cerduna.

—Hola, Otto.

El rubio parpadeó, sorprendido, porque aquel pasaje era nuevo para él.

—Eh, usted, ¿quién es? —dijo Otto.

—Quebrantahuesos —contestó Clifton, y le golpeó con el cañón en la sien.

El rubio empezó a tambalearse, pero a Reagan no le interesaba que cayese allí, de modo que lo empujó por la nuca, y el llamado Otto se derrumbó en la biblioteca.

Después de eso, Clifton miró a Sandra, que estaba sorprendida por la forma en que se había quitado de en medio a su primer enemigo.

—Esto no es nada para lo que tienes que ver, nena. Pertenecí al

comando del capitán Ozzaki, un americano-japonés que aprendió en Okinawa todos los procedimientos de lucha de sus antiguos hermanos del Imperio del Sol Naciente.

Clifton se agachó sobre el caído y le quitó la pistola, una «Luger» muy brillante.

—Andando, querida.

—Arriba hay dos. No podrás con ellos.

—Eso lo vamos a ver en seguida.

Subieron por una escalera central. Antes de llegar a la parte superior, Clifton oyó un diálogo entre dos hombres.

—Eh, Raymond —decía uno—. Tendrás que prestarme cien francos.

—No pienses en eso.

—Raymond, lo necesito para comprarme una medicina.

—Sé qué medicina es. Eres un cochino adicto a las drogas.

—Lo necesito, Raymond...

—¿Sabes lo que te digo, Luigi...? Que te remojes la cabeza debajo del grifo.

Clifton no quiso oír más. Empujó a Sandra y después apareció él, diciendo:

—Eh, Luigi... Aquí tengo ya la droga.

Los dos hombres estaban a la izquierda, y mostraron en sus rostros un gesto de sorpresa.

Los dos a un tiempo echaron manos a las axilas.

Pero Reagan dijo:

—No, amigos, las manos quietecitas, o habrá droga para los dos.

Raymond y Luigi obedecieron aquella orden.

Clifton llegó ante ellos. Pegó un patadón en el bajo vientre al fulano más alto y dedicó un golpe de antebrazo al otro.

Los dos se derrumbaron sin emitir un solo gemido, porque había elegido para golpearlos los puntos más vulnerables.

Clifton se agachó sobre ellos, y los despojó de la artillería.

Sus bolsillos estaban llenos. Dio un suspiro.

—Sólo me faltaba ahora que me tuviese que arrojar al mar. Me hundiría, aunque nadase mejor que el campeón olímpico de los mil quinientos metros.

—El mar... —exclamó Sandra—. Qué gran idea, Clifton. Tengo un amigo en El Havre que nos proporcionará un yate para huir.

Clifton chascó la lengua. Era Sandra quien tenía en la cabeza una idea fija, escapar con los cincuenta mil dólares que habían quedado en la biblioteca.

—Nena, hemos llegado al último acto de la comedia. ¿Cuál es el dormitorio de Lawford...?

—No te lo diré. Eres un suicida, Clifton...

—¿Quieres que te afee la cara? —repuso éste y levantó el brazo armado.

Sandra se apresuró a señalar el fondo del corredor.

—Es la última puerta.

—Gracias... Vamos allá.

—Clifton, me matarán...

—Si te matan a ti me matarán a mí también.

—Dirán que soy una traidora...

—Soy yo el que va a dirigir la última parte del espectáculo, de modo que pierde cuidado.

—Dices que ellos están locos, pero tú lo estás mucho más que ellos.

Tras decir eso, Sandra echó a andar, y Reagan fue tras ella.

—Abre esa puerta, Sandra —dijo Clifton cuando llegaron ante la última habitación.

En cuanto la pelirroja hubo abierto, el hombre la empujó con energía, y él se coló a continuación.

Stanley Lawford estaba sentado en un sillón de ruedas, distinto al que le había visto antes. El de ahora era de color más claro.

Ward Crane fumaba un cigarrillo.

La rubia llamativa que Clifton había visto empujando el cochecillo estaba llenando un baúl.

Los tres personajes miraron hacia el umbral.

Ward Crane fue el primero que reaccionó.

—¿Usted, Clifton...? ¿Cómo infiernos ha logrado salir del pozo...?

—Se admiten apuestas.

—Ya sé. Ella le ayudó... Mi propia mujer...

Stanley Lawford dejó oír su voz ronca:

—Te advertí que te traicionaría, Ward. Te di un buen consejo. Que la quitases de en medio. Pero tú no me hiciste caso.

—No ayudé a Clifton —gritó la pelirroja—. Salió por sus propios

medios.

Stanley Lawford, tras sus gafas oscuras, enarcó las cejas.

—Señor Reagan, ¿quiere decirnos cómo salió del pozo, para que terminemos de una vez con nuestras dudas...?

Reagan se apartó de la puerta porque era peligroso quedarse allí. Dio la vuelta al sillón de ruedas y se puso tras Lawford, sobre cuya cabeza apoyó el cañón de la pistola.

—Ahora puedo contestarle, señor Lawford... Había una salida. El agua se filtraba por un agujero. Sólo tuve que buscarlo, y dejarme llevar por la corriente.

—Muy ingenioso. Señor Reagan, le felicito. Ha dado una prueba más de que es un cerebro fuera de lo común.

—Sus palabras me halagan mucho.

—Usted y yo haremos grandes cosas.

—¿Como por ejemplo...?

—Apoderarnos del Gobierno de los Estados Unidos, que es tanto como decir del Gobierno del mundo.

—Demasiado para mí, señor Lawford.

—¿No es usted ambicioso, señor Reagan...?

—Desde luego. Tengo mi ambición, como todas las personas.

—¿Y cuál es...?

—Disfrazarme algún día de Papá Noel y repartir juguetes a mi familia.

Stanley Lawford lanzó una carcajada.

—Vean ustedes a un hombre que tiene sentido del humor.

—Espere a oír el mejor chiste.

—¿Cuál es, señor Reagan?

—Usted ya ha concluido su maquinación.

Stanley Lawford apretó los maxilares.

—Prometí hace mucho tiempo que esta vez nadie sería bastante para interrumpir mi camino.

—Yo lo voy a interrumpir.

—No, señor Reagan... Admito que está usted en una situación envidiable con esa pistola en la mano, pero sé que muy pronto la va a guardar en el bolsillo.

—¿Quizá me va a hipnotizar?

—Usted es comprensivo, señor Reagan, y no puede oponerse a la marcha de la historia.

—Esas palabras suenan bien.

—El curso del mundo va a cambiar, y voy a ser yo, Stanley Lawford, quien esté al frente del timón, dentro de unos días. Mis hombres están preparados para el gran momento. A una señal mía, mandaré sobre millones de seres... Tiene que darse cuenta de ello, señor Reagan. Admito su inteligencia y su audacia. Son condiciones que siempre he admirado. Llegará a ser un magnífico colaborador mío.

—No, señor Lawford. No lo sería, aunque me prometiese su Ministerio de Asuntos Exteriores.

—¿Qué se propone?

—Dentro de un rato aparecerán mis amigos. Ellos se ocuparán de ustedes.

—¿Se refiere a Frank Charles?

—Sí.

Las manos de Stanley se agarrotaron sobre el sillón de ruedas.

—Señor Reagan, ese amigo suyo, Frank Charles, sólo es un pobre hombre.

—Es lo que usted cree. Pero gracias a él, los tipos como usted nunca podrán realizar sus propósitos...

En aquel momento sonó el teléfono que había sobre una pequeña mesa.

Clifton hizo una seña a Ward Crane.

—Atiéndelo, pero no hables más de lo necesario.

Ward Crane tomó el receptor.

—¿Sí...? ¿Quién llama...? —Cubrió el micro con la mano—. Es Roger, desde el garaje. Quiere hablar contigo, Stanley. Dice que es muy importante.

—Dígale que el señor Lawford no puede atenderle en este momento —repuso Clifton—. Y que no venga a la casa para hacerse cargo del equipaje hasta dentro de media hora.

Ward miró interrogativamente a Lawford, y éste dio una sacudida con la cabeza.

—Sí, Ward, dile eso. No hay inconveniente.

—Reagan —dijo Crane—. Estoy dispuesto a colaborar con usted y con Frank Charles.

—Traidor —exclamó Stanley Lawford.

Ward Crane prosiguió sin inmutarse:

—No conozco el plan definitivo del señor Lawford para apoderarse del Gobierno de los Estados Unidos, pero sí puedo darle una extensa lista de los personajes que le van a ayudar en su empresa.

Stanley Lawford apuntó a Crane con el dedo, mientras gritaba, furioso:

—¡Sabía que podrías traicionarme, Ward! Y eres un estúpido, por no haber pensado que tomaría mis precauciones... Eché mano de ti porque te necesitaba, pero ya cumpliste tu misión.

—Siempre supe manejar mis naipes en los juegos en que me metí, Lawford. Te he soportado hasta que he podido. Pero no soy como esos marineros que están hasta última hora en el barco. Señor Reagan, insisto en ayudarles. A cambio, me concederán una pequeña compensación. Una oportunidad para que escape.

Stanley Lawford lanzó una histérica carcajada.

—Las ratas abandonan el barco porque han visto un poco de humo... Eso eres tú, Ward Crane, una rata... Has roído mi bolsa durante los últimos años. Hiciste un buen agujero por el que te llegó dinero en abundancia, y ahora sólo te interesa tu cochina libertad.

—Reagan, estoy esperando una respuesta —dijo Crane apesadumbrado.

Clifton sintió que le pegaban en la cabeza. Se tambaleó.

Quiso disparar sobre Lawford, pero el sillón de ruedas se movió rápidamente y el hombre desapareció de su vista.

Era su mente, que se había nublado.

Le volvieron a golpear, ahora en la muñeca, y el arma cayó al suelo.

Entonces, miró a su derecha y vio la persona que lo había atacado. Era la rubia que empujaba el coche de Stanley Lawford. Casi al instante, se derrumbó en el suelo.

—Eso estuvo muy bien, Madeleine —dijo Lawford. La rubia desarmó a Clifton, sacándole toda la artillería.

La cara de Ward Crane estaba palideciendo. Se mojó los labios con la lengua.

—Stanley —sonrió—. ¿No me vas a felicitar a mí también...? Yo he hecho posible que Madeleine apareciese por detrás de Reagan y se le acercase sin que él se diese cuenta... Tenía que entretenerle, y por eso se me ocurrió la idea de decirle que me pasaría a su bando,

que estaba dispuesto a venderme...

—Eres un embustero —repuso Lawford.

—No, Stanley.

—Tú no sabías que Madeleine estaba detrás de esa puerta cuando hablaste a Clifton de contarle todo lo que sabes, a cambio de tu libertad. Eres un asqueroso reptil...

—Tranquilízate, Stanley...

—Yo estoy muy tranquilo. Eres tú quien se está poniendo nervioso.

—Stanley, por lo que más quieras. No irás a pensar que yo te iba a dejar en la estacada...

—Ya no sirven de nada tus palabras. Vas a morir, Ward...

—No, Stanley, no me mates... Te hago falta. Conozco muchas cosas de mi profesión. He sido un hombre importante... Me necesitas, Stanley... Te he sido fiel durante muchos años. No puedes borrar todo eso ahora.

—Voy a borrar muchas cosas. Para mi va a empezar una nueva vida.

—Te hago falta, Stanley... Tú eres sólo un inválido. —Crane se interrumpió, sabiendo que había dicho lo peor que podía decir.

Stanley Lawford se quitó las gafas bruscamente. Sus ojos no tenían pestañas, y estaban rodeados por una mancha roja. Todo ello daba a su cara un aspecto extraño.

—Mis enemigos me condenaron a este sillón de ruedas. Pero yo soy superior a ellos. Les voy a derrotar desde un sillón de ruedas... Es la voluntad lo que cuenta, ¿lo oyes, Ward...? Sólo la voluntad.

—Sí, Stanley, lo sé. Tu voluntad es poderosa. Les ganarás a todos. Nunca lo dudé. Por eso me alié contigo. Ahí tienes a Sandra. También estuvo de acuerdo con nosotros. Ella y yo no dudamos un momento que al fin conseguirías lo que deseabas.

—Cállate. Tú sólo querías dinero. Eres un insaciable. No te percataste de que yo te entregaba dinero porque te necesitaba. Me has rendido grandes servicios. Tus secretos me han servido de mucho para elaborar mi plan... Gracias a ti he podido determinar en qué lugar golpearé para que mi revolución obtenga un éxito inmediato.

—Tú mismo lo acabas de confesar, Stanley. Sin mí, no habrías podido hacer nada.

Clifton no había llegado a perder el conocimiento, y ahora estaba escuchando el diálogo entablado entre los dos hombres. Era un saldo de cuentas del que tenía que sacar ventaja.

En aquel momento entraron Raymond y Scott, que manejaban nuevas armas.

Stanley Lawford metió la mano en el bolsillo y exhibió también una pistola.

Ward Crane miró el arma, aterrorizado.

—¿Qué vas a hacer, Stanley...?

—Darte lo que mereces.

La cara de Crane se había cubierto de sudor.

—Detente, Stanley... No puedes hacerlo... Sandra, díselo tú... Dile que no me puede matar... ¿Por qué estás callada...?

Pero la hermosa pelirroja no abrió los labios.

Stanley Lawford se echó a reír.

—Ya te dije que Sandra te aborrecía. No me quisiste creer, pero ya ves que no levanta un solo dedo para salvar tu vida.

Ward retrocedió hasta la cama.

Stanley Lawford apretó el gatillo.

Sonó un estampido y Ward Crane lanzó un grito y se derrumbó sobre el lecho, de donde salió rebotado.

Clifton atrapó el sillón de ruedas por detrás y lo levantó bruscamente.

Stanley rodó por el suelo.

Reagan se movió muy aprisa.

Se abalanzó sobre la rubia, a la que atrapó por la muñeca armada y le hizo una llave de judo.

Madeleine dio una voltereta en el aire y perdió el arma.

Raymond y Scott hicieron fuego, pero Clifton ya no estaba en el mismo sitio. Se había apoderado de la pistola de la rubia y rodó al lado de Lawford, que seguía en el suelo.

Raymond y Scott cometieron un error al seguir disparando.

No menos de cinco balas mordieron el cuerpo de Stanley Lawford, quien saltó como un muñeco de trapo.

Reagan apretó el gatillo sin interrupción.

Los dos fulanos, Raymond y Scott, chocaron contra la pared impulsados por los proyectiles.

La atmósfera de la habitación se había llenado de humo y del

olor acre de la pólvora.

Sandra estaba muy atemorizada, lanzando chillidos de histerismo, mientras se cubría la cara con las manos.

La rubia Madeleine se levantó, convertida en una fiera.

—¡Han matado a Stanley...! ¡Lo han matado! ¡Iba a ser el hombre más poderoso de la tierra...!

—Tú lo has dicho, nena. Iba a ser, pero lo único que se ganó fue un ataúd.

Clifton se acercó a Sandra.

—¿Está informada Madeleine del asunto...?

—Era la única persona que estaba enterada de todo lo concerniente al plan. Stanley sólo confiaba en ella.

Madeleine cruzó los brazos.

—No diré nada —exclamó la rubia.

Se abrió la puerta y Frank Charles entró diciendo:

—Lo diré, Clifton, no te preocupes.

EPÍLOGO

Frank Charles tenía en su mano un encendedor, del que intentó hacer brotar la llama, pero no lo consiguió.

Clifton se quitó el cigarrillo apagado de los labios.

—Bueno, Frank, ¿cómo han ido las cosas?

—Todo está resuelto. El viejo recibió la información y obró en consecuencia. En estos momentos, el FBI está desarrollando en nuestro país la mayor operación de seguridad desde la segunda guerra mundial. Hay complicados muchos personajes.

—Todos los que citó Madeleine.

—No se equivocó en ninguno. Pero no habríamos obtenido pruebas contra ellos, de no ser porque la propia Madeleine nos entregó el diario confidencial de Stanley Lawford.

—Entonces, todo acabó bien.

—Sí, gracias a usted, a su irresponsabilidad... Nunca debió entrar en la casa solo. —Frank Charles hizo una pausa, y agregó rezongando—; aunque, tal como ocurrieron las cosas, nosotros habríamos llegado tarde, por supuesto.

—Celebro que lo admita.

—El viejo me mandó que le transmitiese su agradecimiento.

—No me gustan las medallas.

—Tampoco se la iban a dar. No quieren que se sepa que un simple guionista de la televisión aclaró el caso. Usted lo comprenderá...

—Desde luego, Frank. A propósito, ¿qué va a hacer usted ahora?

—Vuelvo con mis champiñones, aunque el viejo quiso destinarme a un servicio especial en el Extremo Oriente. Ya hice lo que pude, y no puedo demorar por más tiempo saber lo que va a salir de un champiñón de Bohemia-Moravia y otro negro de Palestina. ¿Y usted, Clifton? ¿En qué se va a ocupar ahora...?

—En hacer mi trabajo. Recuerde que vine a París para ocuparme

del amor y Napoleón.

—El amor —repitió Frank, y dirigió una mirada hacia la ventana.

En París ahora había aparecido la primavera, y lucía un sol radiante en un cielo azul turquesa.

Clifton, con el cigarrillo en los labios, hizo un saludo y se dirigió a la puerta.

—Jefe —dijo antes de salir—. Téngame al corriente de la combinación de sus champiñones.

—Seguro, Clifton.

Reagan salió del despacho donde habían estado conversando, en la Embajada americana.

A pocos pasos de la puerta vio a una mujer que estaba de espaldas. Se acercó a ella y dijo:

—¿Tiene usted fuego, señorita...?

Ella se volvió. Era Nicole Versino. Sacó un encendedor del bolso e hizo brotar la llama.

Clifton encendió el cigarrillo, y, de pronto se dio perfecta cuenta de que el encendedor tenía grabada una figura especial. La cabeza de Medusa.

Tomó el encendedor de manos de Nicole, y lo examinó. Tenía sus iniciales.

—Todo empezó por esto.

—Las pequeñas causas producen los grandes efectos. ¿No estás tú convencido de eso, Clifton...?

—Creo que sí. Si no se te hubiese ocurrido entrar en mi apartamento para robarme el encendedor, creo que habrían dejado de pasar muchas cosas.

Nicole, con mucha tranquilidad, se puso de puntillas y besó a Clifton.

—Por ejemplo esto —separó su boca y dijo—: Nunca habría podido besarte.

—Nicole, tengo que hacer mi guion.

—He pensado ayudarte. Es un tema que siempre me cautivó. Napoleón y las mujeres que lo amaron. ¿No te parece una ocupación maravillosa para nuestra luna de miel?

—Creo que no va a ser mala del todo.

Y fue él ahora quien, rodeando a Nicole por la cintura, la besó

en los rojos labios.

FIN

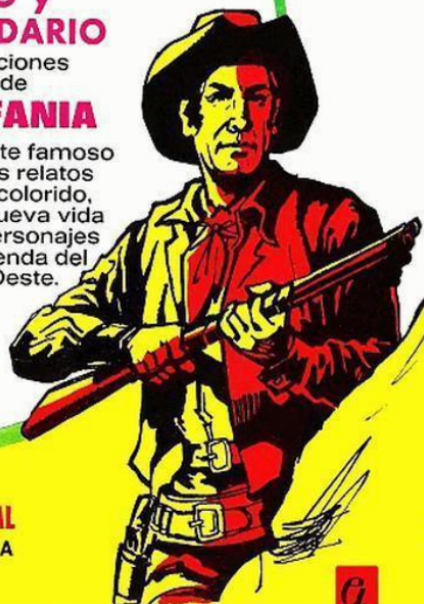
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

